

LA REINA DE LAS ESTRELLAS

CLARK CARRADOS

Colección ESPACIO

La reina de las estrellas

por

Clark Carrados



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms,
51-53 BARCELONA

Depósito legal: B. 2938 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. Peralta. — Pasaje de Nuria, 8. — Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



L capitán Lassiter Pickering fue el primer ser humano que ha podido alardear de haber llegado, puesto pie y regresado de Titán, el sexto satélite de Saturno, y el mayor de todos y el único cuerpo celeste del sistema solar, no planeta, que posee una atmósfera propia.

Esto que en sus tiempos constituyó una hazaña astronáutica sin precedentes, es hoy una cosa relativamente vulgar; pero entonces proporcionó a Pickering una fama realmente merecida a pesar de que él, salvo el mencionado viaje, no había hecho nada por conseguirla.

Por supuesto, el viaje de Pickering a Titán fue, aparte de la construcción de la astronave, obra propia. Su valor, energía, inteligencia y decisión, permitieron llevar a buen fin lo que desde el primer momento se había calificado como una empresa casi irrealizable. Pero él fue, estuvo y volvió y, lo que es más importante de todo, con el aparato intacto y sin perder un solo hombre de su dotación. La fractura de fémur que sufrió el tercer oficial Gordon fue culpa de éste por intentar practicar el patinaje sin patines, en un lago de metano helado, en la superficie de Titán. Hoy Gordon se enorgullece de haber sido el primer hombre que se rompió una pierna más allá de Marte y

ciertamente no le falta razón al muchacho.

Pero volvamos a Pickering. Una vez hubo regresado a nuestro planeta y apenas se hubieron pasado las primeras superefusivas demostraciones de entusiasmo de todo el mundo, expertos y profanos, cuando hubo gozado del merecido descanso que tanto a él como a la dotación de su nave se les otorgó, su primera acción fue reclamar el mando de la «Vasco de Gama», la astronave que se disponía a llegar a los confines del sistema, al sombrío e inexplorado Plutón, el planeta incógnita de la familia solar.

Las autoridades competentes no vacilaron mucho en acceder a lo que él pedía. Ciertamente, su nombre era una garantía de éxito, no sólo para la expedición, sino para el alistamiento de la tripulación. No exagero si digo que hubo hasta tiros por ocupar una plaza de cualquier cosa en la «Vasco de Gama». Si ya el viaje era atractivo de por sí, especial para espíritus aventureros y valientes, saber que dicha nave iba a ser mandada por el capitán Pickering, era tanto como saberse con el billete de regreso en el bolsillo.

Empezaron a hacerse los preparativos, supervisados personalmente por el propio Pickering, y sobre los cuales paso por alto, por no alargar mi narración. Todo marchaba como una seda, apenas si ocurrían otros incidentes que los provocados por algunos burócratas de mentalidad decimonónica, y el entrenamiento de la dotación se desarrollaba como Dios manda, de modo que nadie dudaba de que las cosas, esta vez, sucedieran exactamente igual que la anterior.

Pero de repente y de una forma brusca, totalmente inesperada, ocurrió algo que estuvo a punto de echar por tierra los planes tan bien trazados. Lassiter Pickering desapareció.

En los primeros momentos llegó a creerse que se trataba de un ardid publicitario. Más tarde se pensó en un posible secuestro, pero, como entonces los viajes estaban patrocinados por el Gobierno, o sea que no se trataba de empresas particulares, empeñadas en estorbarse mutuamente, bien pronto se desechó la novelera sugerencia.

No faltó quien habló de una posible pérdida de la memoria, causada por las condiciones del vuelo espacial, enfermedad que, según el opinante, había estado incubándose durante cierto tiempo hasta surgir de modo tan repentino. Pero el siquiatra particular de Pickering puso el grito en el cielo sintiéndose profundamente ofendido y dijo que el capitán era el hombre más sano bajo la capa del cielo, Presidente incluido. Por lo tanto, hubo que desechar también esta opinión.

Y lo mismo ocurrió con la que decía que Pickering había cogido miedo, por lo que se escondía para no hacer el viaje. Las pesquisas que se hicieron para hallarle fueron tan minuciosas que hubieran dado con el árbol genealógico del propio Atila, caso de proponérselo. Pickering era tan conocido mundialmente, gracias a los billones de veces que se había visto reproducido su rostro en todo género de visión gráfica, que era sumamente improbable que hubiera podido pasar desapercibido ni aun en una aldea de

pigmeos del África Central.

Fuera como fuera, el caso es que el tiempo pasó, que las condiciones de vuelo iban aproximándose a su gradó óptimo, porque viajar a un planeta no es cosa que pueda hacerse en cualquier hora y en cualquier momento, y las autoridades tuvieron que pensar en un sustituto para el capitán Pickering, pues no era cosa de echar a perder todos aquellos miles de millones que había costado el alistamiento de la expedición. La «Vasco de Gama» tenía que partir en un momento determinado, sin un retraso superior a cinco segundos, y así fue.

El antiguo segundo de Pickering, Joshua Turner, fue el que lo hizo todo, y se ve que había asimilado muy bien las enseñanzas de su capitán, porque el viaje se desarrolló con toda felicidad y salvo algunos resfriados y un par de fracturas y luxaciones, no ocurrió incidente de importancia. A Turner le tocó, pues, el honor de haber sido el primer terrestre que llegó, puso pie y regresó de Plutón.

Mientras tanto, el tiempo había ido pasando y la imagen de Pickering esfumándose de la memoria de las gentes. Acaso también de la nuestra, quiero decir de mi esposa Beth y de la mía, pero de pronto, como el estallido de una bomba, la noticia de que el famoso astronauta había regresado, siete años después de su célebre desaparición, saltó a las primeras páginas de todos los periódicos y al celuloide de todos los noticieros cinematográficos.

Hubo mucho barullo y mucho jaleo y, prudentemente, Beth y yo dejamos pasar esta tempestad que se abatía sobre Lassiter, hasta que, al fin, las aguas fueron tornando a su cauce. Supe que se le había ofrecido el mando de un carguero de la línea regular Tierra-Marte-Júpiter, para abastecer a las colonias establecidas en estos dos últimos planetas, pero mi amigo rechazó de plano cuantos ofrecimientos le fueron hechos y, voluntariamente, de un modo que a mí mismo me asombró, se recluyó en la soledad más absoluta, sin querer ver ni hablar con nadie.

Aquella conducta me extrañó. Lassiter no había querido dar explicaciones a nadie de los motivos de su desaparición, tan rara como su aparición. Tampoco quiso decir dónde había estado todo aquel tiempo, a pesar de que el Consejo Superior de Astronáutica se lo ordenó y aun conminó oficialmente, únicamente su sólida y bien cimentada fama de navegante espacial le libró de una ignominiosa expulsión del cuerpo de astronautas, pero ahora estoy seguro de que a Pickering le hubiera dado lo mismo; ni siquiera hubiera alzado un dedo para recurrir contra tal sentencia.

Bien, pues el caso es que todo se calmó y todo volvió a la normalidad, incluso fue normal el que el nombre y la imagen de Pickering fueran esfumándose poco a poco de los periódicos y de los noticiarios filmados y, últimamente, apenas si era otra cosa que el encabezamiento de una efemérides en los anales astronáuticos.

Cierta noche, un par de meses después de su reaparición, Beth y yo estábamos terminando de acostar a nuestros vástagos, y nos disponíamos a

hacer un poco de lectura en nuestro acogedor saloncito, cuando de repente, sonó una llamada, la del visófono, en el piso inferior.

Yo estaba muy ocupado en perseguir a Kit, mi travieso tercer hijo, a través de la habitación, de modo que fue Beth la que se encargó de atender la llamada. Permaneció abajo unos minutos y cuando subió, advertí un brillo extraño en sus ojos.

Beth y yo nos entendemos muy bien y hay veces en que hemos comentado si somos telépatas mutuos. No hizo falta que abriese la boca para saber que se trataba de nuestro amigo.

—¿Qué dice Lassiter? —inquirí, arreglando el embozo de la cama donde, al fin, había logrado recluir a Kit.

—Quiere que vayamos a verle, Clark —me contestó mi mujer.

El corazón me latió violentamente en el pecho. Sólo había visto, y de pasada, una vez a Pickering y no había querido apoyarme en nuestra vieja amistad para forzarle a que me contara lo que le había ocurrido durante aquellos siete años transcurridos sabía Dios dónde. Pero ahora presentí que era el propio Lassiter quien, *motu proprio*, nos lo iba a contar todo.

Asentí, tragando saliva con alguna dificultad.

—Muy bien —contesté, tratando de aparentar indiferencia—. Le has dicho que vamos enseguida, ¿no?

Beth asintió.

—Voy a arreglarme, Clark —dijo, y desapareció rápidamente rumbo al tocador.

Media hora más tarde, nos hallábamos a bordo de nuestro coche, en dirección a una casa de las afueras donde vivía nuestro amigo. Traté de conducir normalmente, resistiendo la tentación de bajar el acelerador hasta el piso del coche, porque estaba ansioso de escuchar la, sin duda, fascinante relación de mi amigo y no quería correr el riesgo de ningún accidente inoportuno.

Antes de continuar con la relación, será conveniente aclarar algunos extremos. Por ejemplo, el de nuestra amistad con Pickering.

Lassiter y yo ingresamos juntos en la Escuela de Astronáutica de donde, al cabo de algún tiempo, yo fui expulsado, pero no por nada deshonroso, sino por culpa de una inoportuna dioptría de miopía que se me descubrió en el ojo derecho. Esto me fastidió bastante, pues yo había cifrado, como Lassiter, todos mis anhelos en ser un navegante del espacio, pero los reglamentos, sobre todo entonces, eran severísimos y no admitían la menor componenda.

Aquel poco tiempo, sin embargo, sirvió para dos cosas: una, para cimentar la que iba a ser eterna amistad entre Lassiter y yo y, posteriormente, mi mujer; y otra; conocer a ésta. Beth ha sido siempre muy sensata, además de una chica muy bonita, y no se dejó nunca deslumbrar por unos galones dorados en la bocamanga de un uniforme azul marino, de modo que, cuando yo encontré una excelente colocación en la Administración del Consejo de Astronáutica, una especie de compensación a mi frustrada carrera, no lo dudó mucho y

cambió su puesto de secretaria del director de la Escuela por el de esposa mía. Y a fe que ninguno de los dos, gracias a Dios, hemos tenido que arrepentirnos de tal decisión.

Volviendo a lo que íbamos, diré que una hora más tarde llamábamos a la puerta de la casita que Pickering poseía fuera de la ciudad, en el campo. Lassiter en persona salió a abrirnos y una ancha sonrisa de satisfacción distendió sus agradables facciones.

—¡Clark, viejo pirata! —me saludó, palmeándome efusivamente la espalda. Luego, se separó de mí y tomó las manos de mi esposa—: Beth, por ti no pasan los años; estás más hermosa, que nunca. Pero, pasad, pasad; no os quedéis ahí afuera; la noche está bastante fría y creo que os gustará calentaros un poco al fuego.

Lassiter cerró la puerta a nuestras espaldas y nos acompañó hasta un acogedor «living», en cuyo centro había una chimenea, repleta de troncos que ardían alegremente. Nos acomodamos en un sofá que había frente al fuego y, mientras tanto, nuestro amigo empezó a disponer café y licores.

Lassiter era un tipo alto, fuerte, membrudo, pero al mismo tiempo ágil, tanto física como intelectualmente. Cabellos oscuros, muy recortados y ojos azules, amén de una mandíbula cortada a escuadra, eran sus principales características fisonómicas que, ciertamente, le daban el aire de un prototipo de la belleza masculina, llena de un varonil atractivo que era capaz de marear a la mujer mejor asentada mentalmente.

Al mismo tiempo, Lassiter ha sido siempre de un carácter alegre, vivaz, con una réplica oportuna, llena de fina ironía, dispuesta en sus labios en cualquier momento y con la cual anonadaba verbalmente a cualquiera que quisiera situarse, sin razón, en un punto superior al que él ocupaba. Pero esto no quiere decir que se mostrase orgulloso y desdeñoso para con sus superiores o con quienes, en alguna ocasión, le demostraban que no tenía razón; antes al contrario, aceptaba humildemente todas las críticas y si se demostraba que el punto de vista del otro era el acertado, variaba sin escrúpulos de manera de pensar, actuando según la nueva conveniencia. No obstante, si creía tener razón, la mantenía contra viento y marea y contra el que fuera, sin reparar en su categoría y sin precisamente, morderse la lengua para sostener su opinión.

Sí; era todo un carácter.

Tomamos café, sorbimos un poco de licor y luego nos ofreció cigarrillos. Beth y yo encendimos el nuestro, pero él se negó a fumar. Se sentó en la alfombra que había frente al fuego, con las piernas cruzadas a la usanza árabe. Fue entonces, después de que hubimos intercambiado las primeras frases de tanteo de una conversación banal y sin trascendencia alguna, cuando Lassiter dijo:

—Estoy seguro de que no tenéis otro deseo que el saber lo que me ha ocurrido durante estos siete años, ¿verdad?

Beth se echó a reír.

—Tendré que decirte lo mismo que tú me dijiste a mí, Lassiter: que por ti

no pasan los años.

Efectivamente, a pesar de que había cumplido ya los treinta y cinco, tenía el mismo aspecto que cuando regresara de Titán, con sólo veintiocho en su calendario particular. Lassiter asintió, pero de pronto Beth y yo vimos que una sombra de pesadumbre cruzaba por su rostro.

—Es cierto —murmuró, como si hablara consigo mismo—; sólo han sido siete años, pero a veces creo que han sido siete días... o siete siglos. ¡Han pasado tan pronto! ¡Parece que fue ayer cuando me disponía a embarcar rumbo a Plutón... y ya han transcurrido siete años!

Lassiter guardó silencio durante unos momentos y en este corto intervalo de tiempo sólo se oyó el silbido del viento y el susurro de las ramas de los árboles en el exterior, aparte de algún que otro crujido de los troncos que ardían en la chimenea.

Respetamos su silencio. De pronto, rompió a hablar de nuevo.

—Quiero que sepáis lo que me ha pasado en todo este tiempo. Vosotros sois los dos únicos amigos que yo he tenido en la Tierra y tenéis perfecto derecho a estar al corriente de todas mis aventuras. Pero no os las contaré yo directamente.

Traté de ocultar la decepción que aquellas palabras me causaban. Miré a Beth y ésta me hizo una seña, indicándome paciencia.

Lassiter se puso en pie con suma agilidad y se dirigió a una habitación contigua, de la cual salió a los pocos momentos con un par de rollos en la mano.

Me los alargó.

—Toma —me dijo—, aquí, en estas cintas magnetofónicas, está grabado todo cuanto me ha sucedido. Lleváoslo tú y Beth a casa y escuchadlo. Con una condición.

Sonreí.

—Aceptada de antemano —dije, tomando los rollos.

Hubo una pausa.

—Escribe la historia y... y si vuelvo a desaparecer, publícala, ¿me entiendes?

Vi que me miraba fijamente.

—La forma de tus palabras sí, Lassiter —argüí—, pero no el fondo.

De momento no habló.

Una triste sonrisa se dibujó en los labios de nuestro amigo.

Sólo dijo:

—Lo entenderás todo cuando hayas escuchado el relato que hay grabado en las cintas magnetofónicas. ¿Otra copa?

Cuando Beth y yo volvimos a casa, era ya una hora muy avanzada. Pero, sin embargo, ninguno de los dos quisimos irnos a la cama, sin antes haber escuchado la historia de Lassiter Pickering.

Pusimos las cintas en nuestro reproductor...

He aquí el relato de sus aventuras, después de ser expurgado de algunos

detalles innecesarios y que no alteran para nada el valor de la narración.

CAPÍTULO II



ESPUÉS de mi regreso de Titán y convertido por una temporada en el hombre más famoso y celebrado de la Tierra, se me encargó el mando de la «Vasco de Gama», que debía realizar el primer viaje exploratorio a Plutón.

Obvio es decir la alegría y la satisfacción que esto me causó. Hay que tener en cuenta que entonces acababa apenas de rebasar los veintiocho años de edad y que era, no sólo el más joven, sino, el más reputado de los capitanes de astronave. El mando de la «Vasco de Gama» venía, además de aumentar mi fama, a acrecentar mis méritos, de modo que pocos hombres a mi edad habrán tenido mayores motivos para perder la cabeza que yo.

Gracias a Dios, los honores y las recompensas no han alterado nunca mi equilibrio espiritual. Como por otra parte todo aquello lo consideraba parte integrante de mi profesión, no hice gran caso de lo que sucedía, de manera que en todo momento me porté de un modo perfectamente natural, sin darle a la cosa más importancia de la que realmente tenía y sin dejar nunca que los humos se me subieran a la cabeza oscureciéndome la clara visión del panorama que me rodeaba.

Por el contrario, todo lo sucedido me sirvió para acicatearme aún más y tratar de hacer mayores progresos en mi profesión. Sobre mis espaldas iba a recaer una ahora grave responsabilidad: la del viaje a Plutón, y si antes, al ir a Titán, lo había considerado en cierto modo como una aventura propia para ser pasada en los años jóvenes, ahora, a pesar de tener casi los mismos, debía tomarlo como un incidente más de la profesión, procurando en todo momento no cometer el más mínimo error y que los demás tampoco lo cometieran. Hay que tener en cuenta que la más simple equivocación en el espacio no suele tener enmienda. Un coche conducido en una autopista tiene la solución del freno, de una estación de servicio, de un cambio de bujías, de un oportuno golpe de volante; pero en el espacio, donde no existe nada de todo eso, el menor error es suficiente para enviar al infierno a todos los tripulantes de una astronave, convirtiendo a ésta en un ataúd espacial, si es que quedan los suficientes fragmentos para poder darle tal nombre.

Por ello, en cuanto fui confirmado en el mando de la «Vasco de Gama», me apliqué concienzudamente a su alistamiento, así como en el entrenamiento

de su tripulación. Todos los miembros de ésta debían conocer la nave y sus mecanismos como si, además de haberlos fabricado, fueran sus inventores, de tal modo que durante dos meses tuve un exceso de trabajo tal que apenas si me quedaba tiempo no ya para las más elementales diversiones, sino para descansar tan siquiera.

Faltaba ya muy poco tiempo para la partida. Interiormente, me notaba cansado, exhausto, con un «surmenage» que no me hacía ningún bien y pensé que en aquellas deficientes condiciones físicas y mentales sería una locura emprender el viaje. En vista de ello, decidí que un par de semanas de absoluto reposo me volverían como nuevo y, sin meditarlo dos veces, entregué el mando a Turner, mi segundo, y me escapé del astropuerto con rumbo a cierto lugar que había elegido apenas tomada mi resolución.

Aquel sitio estaba muy alejado de la civilización, aunque fácilmente unido a él por una carretera próxima. Se hallaba en medio de un colosal anfiteatro de montañas, cuyas cumbres permanecían blancas durante casi todo el año, y en cuyo centro había un lago de azules aguas, ideal para practicar toda suerte de deportes acuáticos, el de la pesca incluido.

Se alquilaban cabañas y yo ya había reservado telegráficamente una al tiempo de salir para allí. Una vez llegado, con un somero equipaje, me dispuse a acomodar todas mis pertenencias, dispuesto a pasar allí quince magníficos días, tomando el sol perezosamente, nadando en ocasiones y remando sin grandes esfuerzos en otras.

Y eso es lo que hice durante la primera semana. El sueño volvió a mis párpados, recobré algunos de los kilos que había perdido, bronceé mi epidermis y llené mis pulmones del oxígeno puro y sin tasa que se aspira en aquel punto, casi por completo invadido por los pinos y otras coníferas propias de regiones como aquéllas.

En el octavo día de mi estancia en la cabaña, al ponerse el sol, regresé a ella, disponiéndome a preparar la cena, pues el aire y el ligero ejercicio, un poco de remo y otro de natación, me habían abierto el apetito de un modo feroz. Vestido solamente con unos mocasines, unos «shorts» y una camisa, trasteé en la cocina el tiempo mínimo para disponer un suculento plato de huevos, jamón, mermelada, tostadas y café. Cargué todo en una bandeja y me dirigí al comedor-salón, sentándome frente a una mesita baja, con las piernas cruzadas a la turca.

Sin ninguna otra preocupación por el momento, ataqué la cena a vivo ritmo, con la vista fija en el plato, absorto únicamente en el biológico acto de la alimentación. Y estaba a mitad de la cena cuando, de pronto, me di cuenta de que no estaba solo en la estancia.

Durante una décima de segundo vacilé; después levanté la cabeza.

Mi presentimiento se había confirmado: había alguien más en la cabaña.

Durante unos segundos, el desconocido y yo estuvimos contemplándonos fijamente, de hito en hito, como si estuviéramos estudiándonos mutuamente. Y lo cierto es que, en lo que a mí respecta, necesitaba estudiar a mi inesperado

huésped.

Éste era un hombrecillo de poco más de un metro de altura, de un aspecto físico ciertamente singular. Tenía la cabeza de forma piriforme, con la parte más puntiaguda hacia el occipucio, al mismo tiempo que las orejas más grandes de lo ordinario, terminaban también en una punta muy aguda. Sus ojos, de verdes pupilas, eran muy vivaces y, como nariz, tenía una especie de garbanzo con dos diminutos orificios. La boca, por el contrario, era enorme, y le llegaba casi de oreja a oreja, estando dotada de dos labios muy finos, cuyo color apenas si se diferenciaba del violento tono amarillo que impregnaba toda su epidermis. Este color amarillo no era el propio de los hombres de raza oriental sino que, por el contrario, era muy vivo y brillante, como si hubiera sido extraído de una paleta de pintor.

En cuanto al cuerpo parecía una esterilla dotada de dos brazos y dos piernas, normales y humanos, salvo en su delgadez. Sin embargo, tales extremidades impresionaban, porque aún el más lego advertía que podían disponer de una fuerza prodigiosa.

Queda la indumentaria. Ésta bordeaba el ridículo, pues consistía en una especie de caperuza de un tejido para mi desconocido, que le cubría el cráneo pelado, no sé si calvo o afeitado, y una especie de jubón o chupa, que se hallaba por encima de unos pantaloncitos que se le ajustaban a las piernas y que, sirviendo su final de calzado, terminaban en una prolongación curvada hacia arriba. La ropa era de un verde brillante, terriblemente chillón y que contrastaba en gran manera con el amarillo de su epidermis. En conjunto, lo primero en que creí yo al ver al tipo era que me hallaba en presencia de algún gnomo, duende o geniecillo burlón, como los que tantas veces nos han sido descritos en cuentos y narraciones infantiles.

El enano me contempló también a su gusto y, cuando los dos hubimos saciado nuestra mutua curiosidad, dijo:

—¿Tengo el honor de hablar con el capitán Lassiter Pickering?

Respingué, sin poderlo evitar. El enano poseía una voz cálida, profunda, rica en inflexiones y hablaba nuestro idioma como lo hubiera podido hacer cualquier profesor de gramática. Esperaba una voz aflautada, chillona, y en su lugar había oído unas frases magníficamente pronunciadas, con el mismo tono que hubiera empleado un actor de teatro de fama, mundial.

—Efectivamente —repuse, tratando de rehacerme de la sorpresa—. Soy el capitán Pickering. ¿Podría saber a quién tengo el honor de...?

El enano se sentó frente a mí con toda desenvoltura, aunque sin excesos. Dijo:

—De momento, capitán, mejor será que me llame Tobin. Sí, eso es: Tobin es un nombre fácil de pronunciar y retener.

—Lo celebro tantísimo —repuse—. Y ahora que ya nos conocemos, ¿querrá decirme de qué manera ha conseguido colarse en mi casa? Porque la puerta está cerrada y yo no he oído...

—Oh, capitán —sonrió Tobin—; yo poseo muchos poderes que ustedes

llamarían mágicos. Uno de ellos es el de la teleportación, ¿sabe?

—Por supuesto —dije, y pensé para mí que aquel tipo debía de ser algún chiflado escapado de algún manicomio. Debía seguirle, pues, la corriente, hasta ver en qué paraba todo aquello—. Entonces ¿pasó a través de los troncos que componen las paredes de la cabaña, verdad?

—Justamente, capitán —dijo Tobin, quien de repente tomó una tostada y empezó a untarla de mermelada. Le arreó un feroz bocado que casi la hizo desaparecer y luego, con la boca llena, elogió—: Muy bueno, capitán; siempre he sostenido la teoría de que los alimentos en la Tierra son excelentes, pese al derroche que se hace en su preparación y consumo.

—Oh, ya es sabido que los terrestres despilfarramos muchas cosas, Tobin —dije sonriendo—. Con lo que tira de comida la mitad de los habitantes de la Tierra podría comer, bien aprovechado, la otra mitad.

—No se chancee usted, capitán —dijo Tobin muy serio—, que así es. Ustedes...

La cosa empezaba ya a cansarme.

—Acabemos de una vez, Tobin. Si ha venido a hablarme de dietética, está perdiendo el tiempo; no soy especialista en la materia, ni me interesa. Y si tiene alguna otra cosa que decirme, hágalo pronto. Estoy de vacacio...

Me interrumpió:

—Ya lo sé, capitán, ya lo sé. Está tomándose unas merecidas vacaciones porque dentro de muy pocas semanas partirá con la «Vasco de Gama» hacia Plutón. No obstante —añadió el hombrecillo—, permítame que le diga que dudo mucho de que usted pueda emprender ese viaje.

Fruncí el ceño. La cosa estaba ya pasando de la raya.

—Mire, amigo Tobin; yo no tengo nada contra usted. Le invitaré a café, a cenar si tiene hambre, a una copa; pero no le toleraré que se inmiscuya en asuntos que sólo son míos. De modo que, si no tiene nada más que decirme...

No acabé la frase; chasqueé los dedos en forma significativa, pero el tipejo no se movió. Al contrario, con mucha frescura, volvió a embaularse otra tostada cubierta de una gruesa capa de dulce.

Cuando terminó, dijo:

—Capitán, durante todo el tiempo ha estado usted pensando en que yo soy un individuo escapado de un manicomio. Está en un error. En los manicomios están los locos y yo no lo soy, ¿me comprende?

—Hombre, claro. ¿Y qué más?

Tobin calló un segundo y luego, de pronto, inclinándose hacia adelante, clavó sus verdes pupilas, que chispeaban de un modo extraño, en las mías y dijo:

—Capitán, ¿le gustaría viajar a Proción?

Ni un solo músculo de mi rostro se movió al oír la pregunta de Tobin. Lo único que hice fue encender en completo silencio un cigarrillo, expulsando el humo con toda tranquilidad.

—A Proción —dije al cabo—. Al Can Menor, a once años luz de la Tierra.

Un bonito viaje, a fe, amigo Tobin.

Los ojos del enano destellaron.

—Un bonito viaje y con una magnífica recompensa a su final.

—Ya —exclamé—. Y ¿cómo piensa llevarme a Proción, Tobin? ¿A pie, en bicicleta o en globo?

Tobin permanecía serio.

—Capitán, está usted tomando a broma una cosa que es absolutamente seria. Le estoy hablando de ir a Proción, a once millones de años de luz de la Tierra, no a Plutón, a una ridícula distancia de seis mil millones de kilómetros.

—La distancia de seis metros es ridícula para mí, si se me compara con una hormiga, Tobin. Ahora bien, hay que tener en cuenta que la duración del viaje a Plutón está calculada en casi tres años, sólo la ida. Establezca usted mismo la proporción y verá que para llegar a Proción necesitaríamos nada menos que...

Tobin alzó la mano, interrumpiéndome. He de aclarar que, hasta aquel momento, yo había estado hablando con él de forma normal, es decir, como si considerase verídico y factible todo cuanto él me estaba diciendo, de lo cual no creía nada en absoluto. Pero Tobin, ahora lo sé, hablaba muy, muy en serio.

—Todo eso que usted me va a decir, capitán, acerca de la duración de su viaje a Plutón, lo sé perfectamente. Sin embargo, lo que yo le ofrezco es algo más que un simple viaje a Titán o al planeta citado, pese a la fama que éstos le han reportado y le reportarán. Fíjese bien, capitán, en que lo que yo le ofrezco es, nada más ni nada menos que el primer viaje a las estrellas. Ustedes, para llegar a Proción, necesitarían once años, suponiendo que su civilización hubiera, alcanzado ya el grado suficiente para poder construir una nave capaz de llegar a la velocidad de la luz. Sin embargo, yo le llevaré allí en mucho menos tiempo, garantizándole, además, la vuelta.

La insistencia del hombrecillo empezó a fastidiarme. Pensaba haberme dedicado a la contemplación meditativa, en el porche de la cabaña, viendo rielar la luna en las aguas del lago, y aquel tipejo me estaba estropeando la diversión.

—Mire usted, Tobin —declaré, ya de mal talante—; lo mejor que puede hacer es dejarme en paz y largarse de aquí. Tire esas ropas y vista otras más en consonancia con la moda masculina, porque, de lo contrario, estoy seguro que el primer policía patrullero que se lo eche a la cara, lo interna en el manicomio, ¿me entiende?

Una sombra de consternación apareció en el rostro de Tobin.

—Así, pues, capitán, ¿usted no ha creído en mis palabras?

—¡Naturalmente que no! —estallé—. ¿Cómo voy a creer a un hombre capaz de llevarme a Proción en menos de once años? ¿Dónde está su nave? ¿Dónde está esa maravillosa máquina capaz de volar por el espacio a una velocidad superior a la de la luz? ¡Váyase, váyase de aquí antes de que...!

Tobin permaneció callado en tanto yo le largaba aquel sofión. Cuando

agoté el aliento, me quedé mirándolo un tanto estúpidamente, sin que él hiciera el menor ademán de protesta.

—Siento mucho haberle enfadado, capitán —dijo al fin—, pero quisiera llevar al convencimiento de su ánimo de que todo cuanto le he dicho es la pura verdad. Quiero llevarle a Proción, además de por lo que ya mencioné, porque le necesito.

La humilde actitud del hombrecillo me desarmó mucho mejor que el más florido discurso. Después de todo, ya me estaba aburriendo en mi retiro, y llegué a decirme que aquella conversación, en medio de todo, no era más que un medio de distraerme.

—Está bien —dije, todavía reacio a creerle—; siga y exponga lo que tenga que exponer.

Los ojillos de Tobin se animaron.

—Gracias, capitán, gracias —dijo—. Verá: yo podría llevármelo a usted por la fuerza.

—¿Física? —ironicé, mirándole de arriba abajo.

—Oh, eso tendría que discutirse —contestó Tobin muy serio—. Pero yo no me refería a esa clase de fuerzas.

—Hipnotismo, sin duda.

—Exactamente, capitán. Podría hipnotizarle y hacer que usted me obedeciera ciegamente. Sin embargo, si usted viene conmigo, lo ha de hacer de un modo libérrimo, sin la menor coacción ni injerencia extraña de su voluntad. Usted vendrá conmigo a Proción porque lo desea... o se quedará en la Tierra.

—Esto último es lo seguro, Tobin. Recuerde que estoy al frente de la expedición a Plutón.

El enano hizo un gesto despectivo.

—¡Bah! ¿Quién habla ahora de ese planeta? Escuche, capitán; sé que usted es hombre amante del riesgo y de la aventura. Yo le ofrezco ambas cosas, con posibilidades de salir indemne, y con la seguridad de obtener una altísima recompensa. Venga conmigo a Proción y lo tendrá todo, capitán.

Miré a Tobin una vez más. De repente, algo me dijo que aquel hombrecillo no estaba loco, que hablaba en serio, que todas sus palabras eran la verdad pura y simple. Y este pensamiento, por un segundo, llegó a helarme la sangre en las venas.

¿Me hallaba en presencia de un ser inteligente no nacido en la Tierra? ¿Era Tobin un ser procedente de otro planeta? ¡Qué escándalo se armaría en nuestro viejo globo si, después de tantos siglos de aguardar la llegada de seres de naturaleza extraterrestre, se pudiera contemplar uno de ellos!

—Estoy adivinando sus pensamientos, capitán —sonrió Tobin—. Podría leérselos con facilidad, pero carezco del permiso oportuno para sondear su cerebro. Efectivamente, no he nacido en la Tierra, sino en Zolkar, decimoquinto planeta del sistema solar de Proción.

—¿Y usted, Tobin, quiere que yo vaya a... a Zolkar?

—No deseo nada más ardientemente que eso, capitán.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué motivos son los que le han hecho elegirme a mí, a mí precisamente, entre los miles de millones de hombres que poblamos la Tierra?

—Hay muchos motivos, capitán, pero los reduciré a uno solo: porque usted es Lassiter Pickering.

Después de estas palabras hubo un gran silencio en la estancia, apenas interrumpido por el susurro de las ramas de los árboles próximos.

Aplasté mecánicamente el cigarrillo contra el cenicero y murmuré, en tono inquisitivo:

—Dando por sentado que yo, olvidando mis deberes y obligaciones, me fuera con usted, ¿qué es lo que tengo que hacer en Zolkar?

Tobin tardó unos segundos en contestarme. Al fin dijo:

—Creo que es usted, capitán Pickering, el único que puede hacer realidad el sueño secular de los zolkarianos: despertar a nuestra reina Neryna.

Me pasé la mano por los ojos. O era un sueño o alguien me estaba leyendo una novela de aventuras.

Pero no; al levantar los párpados de nuevo, Tobin seguía allí.

—Neryna —repetí—. La reina de Zolkar.

—Eso es, capitán. Usted es el único hombre que puede despertar a nuestra reina del sueño en que se halla sumida desde hace medio millón de años.

Respingué al oír las últimas palabras de Tobin. ¡Una persona que dormía hacía ya la friolera de cinco mil siglos!

—¡Eso es imposible! —exclamé, sin poder contenerme.

Tobin meneó la cabeza tristemente.

—No hay ni una sola de las palabras que yo he pronunciado que no sea una estricta verdad, capitán. Neryna duerme hace medio millón de años y usted es la única persona que, en nuestra opinión, puede despertarla.

—Pero ¿por qué? ¿Para qué? —pregunté aturdido.

—Se lo explicaré más adelante, capitán. Es decir —sonrió Tobin—, siempre que usted acceda.

Arrugué el entrecejo.

—Si todo eso fuera verdad... —musité.

Tobin metió la mano en su jubón y sacó de él un rectángulo de una materia que parecía una cosa intermedia entre el plástico y la cartulina, y me lo alargó en silencio, sin decirme una palabra.

Lo tomé, también silenciosamente, y durante unos momentos contemplé la efigie allí grabada.

Era la de una mujer, una niña casi, que se advertía de soberana hermosura, tomada la impresión durante su sueño. Un sueño plácido y tranquilo, que motivaba el que sus labios estuvieran distendidos en una suavísima sonrisa de sobrenaturales rasgos.

—¿Ésta... es Neryna? —dije con dificultad.

—Sí —laconizó Tobin.

Separé mis ojos de la fotografía con cierta dificultad y miré al hombrecillo.

—¿Cómo vamos a ir a Zolkar?

—Mi nave está ahí fuera —dijo Tobin con sencillez—. ¿Quieres verla?

En la coyuntura en que me hallaba, ya no me impresionó que mi interlocutor dijera que tenía la nave en que había viajado a través de una distancia de once años de luz al lado de la cabaña. Contesté:

—Bueno... pero te advierto que ver tu nave no es comprometerme a ir a Proción, ¿me entiendes?

—Eres libre de actuar como mejor te parezca, capitán —dijo Tobin, tuteándome, como yo a él, de un modo ciertamente inconsciente.

Abandonándolo todo, salimos de la cabaña.

Tobin, cuya cabeza apenas si me llegaba al cinturón de los «shorts», me guio hasta la playa del lago, en la cual advertí, flotando blandamente sobre las aguas, un bulto enorme, negro, ocupando al menos un espacio de veinticinco o treinta metros, situado al lado de uno de los embarcaderos para los botes de recreo.

Caminamos por encima de las tablas del malecón y, a medida que nos aproximábamos a la misteriosa nave, me iba dando cuenta de que me hallaba ante uno de los discos voladores tantas veces mencionados por la fantasía popular.

No describiré su forma, por ser de todos harto conocida, pero sí diré que, al acercarnos al extremo del embarcadero, una escotilla se abrió por si sola, dejando ver una abertura de unos dos metros cuadrados, de la cual salía un leve resplandor fosforescente, grato a la vista.

—Entra —dijo Tobin, y accedí.

Penetré en la nave. Atravesé un corto corredor, que se ensanchaba a su final en una especie de cámara o salón, de buenas dimensiones, en la que se hallaban hasta una docena de hombrecillos, todos ellos muy semejantes fisonómicamente a Tobin. La única diferencia que tenían con éste consistía en el color de sus prendas de vestir, que eran azules en unos y rojas en otros, lo cual, como en el caso de Tobin, formaba un singular contraste con el tono de su epidermis, y se hallaban formados en dos hileras, de una forma harto protocolaria.

Tobin habló:

—Éstos son mis auxiliares, Lassiter —dijo, suprimiendo definitivamente los tratamientos—. Tú, yo y ellos, si accedes, iremos a Zolkar y despertaremos a Neryna.

—Neryna —murmuré una vez más, volviendo a contemplar la fotografía que tenía en las manos.

La visión de aquella resplandeciente belleza me deslumbró.

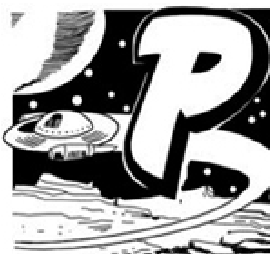
Fue como una ráfaga, una oleada, un torbellino de fuego que me envolvió repentinamente, ofuscándome la voluntad. Algo creció rapidísimamente dentro de mí, con devastador estallido, forzándome a hacer una cosa que, en cierto modo, yo no deseaba.

En un segundo lo olvidé todo: mis deberes, mi fama, mi reputación, el viaje a Plutón, que acaso podía comprometerse gravemente con mi ausencia —luego he sabido que, felizmente, no ha sido así—, los hombres que confiaban en mí... todo, todo lo olvidé ante el enorme incentivo de la aventura que se me ofrecía y la maravillosa belleza de Neryna. Aquella enorme astronave, aquel pelotón de hombrecillos, el relato de Tobin, en fin, no parecían en modo alguno ser fruto de la fantasía, sino una sólida realidad, firme y tangible.

Me volví hacia Tobin y, con voz ronca por la emoción, dije:

—¡Acepto! ¿Cuándo partimos?

CAPÍTULO III



ARA Tobin, mi decisión fue la culminación de todos sus esfuerzos por convencerme y no pudo disimular su alegría. Impulsivamente tomó una de mis manos con las suyas —eran cálidas y agradables al tacto—, y me la estrechó efusivamente.

—Gracias, Lassiter, gracias —dijo, y luego se separó un paso, confundido y avergonzado por lo que acababa de hacer—. Perdóname pero no pude contenerme.

—Oh, no te preocupes —dije negligentemente—; no tiene importancia. ¿Tardaremos mucho en salir? ¿He de llevar algo de equipaje?

—Nosotros te proporcionaremos todo cuanto precises, Lassiter.

Ahora advertí en la voz de Tobin un tono de enorme deferencia y respeto de que hasta entonces había carecido.

Tobin iba a seguir hablando cuando, de pronto, la nave se agitó de una forma repentina.

Recordemos que estaba flotando sobre las aguas del lago. Pues bien, aquella agitación me recordó a mí la de un buque balanceándose sobre una mar embravecida.

Por un instante, mi amigo pareció desconcertado y más si se tienen en cuenta de que algunos de sus hombres —él parecía ser el capitán—, rodaron por el suelo a impulsos de aquella violenta sacudida.

Pero no tardó en rehacerse. En un lenguaje extraño, absolutamente incomprensible, dio una serie de órdenes, que tuvieron como resultado el que sus subordinados se esparcieran en todas direcciones por la cámara, desapareciendo la mayoría de ellos por unas puertecitas que daban a lugares entonces desconocidos para mí.

—Ven —dijo Tobin, haciéndome señas con la mano de que le siguiera; y entonces, la agitación de las aguas del lago se repitió, al mismo tiempo que una luz blanquísima, fulgurante, nos envolvía de pies a cabeza.

Este fenómeno me extrañó sobremanera, por cuanto la luz no había sido provocada en el interior de la navecilla, sino que parecía haber brotado fuera de ella. Pero ¿qué clase de rayos luminosos eran aquéllos que podían atravesar el metal con toda facilidad, como si fuera simple vidrio?

Seguí a Tobin a la carrera, tomando por una escalerilla de medio caracol, que nos llevó al piso superior de la nave, a la cúpula de la misma, toda transparente, y a través de la cual podía advertirse el panorama circundante.

En aquel lugar se hallaba la mayoría de hombrecillos, todos ellos sentados en una especie de taburete, fijo al suelo, con un pequeño respaldo y ante cada uno de los cuales había una serie de instrumentos de mando y control absolutamente desconocidos para mí.

Aquello debía ser el centro nervioso de la nave, el lugar desde el cual se la gobernaba. Había dos asientos más, que ocupamos Tobin y yo.

Apenas me había sentado en el mío cuando unas abrazaderas se dispararon automáticamente, sujetándome todo el cuerpo, excepto la parte superior del tronco, de modo que tuviera libres los brazos. Tobin volvió a impartir órdenes y al momento pude ver a sus subordinados manejar velozmente los controles.

—¡Cierra los ojos, Lassiter! —gritó Tobin.

Lo hice así, justo en el instante en que un feroz ramalazo de luz blanca estallaba por encima de nuestras cabezas. La nave volvió a estremecerse violentamente.

—¿Qué es lo que ocurre? —grité.

—Nos están atacando.

—¿Eh? ¿Qué absurdo es ese, Tobin?

—No es ningún absurdo, Lassiter —me respondió fríamente el hombrecillo—. Son los hombres de Gikor, que intentan destruirnos.

—Francamente, no acabo de entenderlo, Tobin. ¿Quién es ese Gikor y qué es lo que pretende de nosotros?

Pero Tobin no me contestó. Un par de voces de sus hombres se oyeron y al momento sus manos se movieron velocísimamente por el frondoso teclado que tenían frente así. El lago, con cuanto le rodeaba, desapareció de repente de mi vista.

—¿Eh? ¿Qué es lo que ocurre?

No sabía si estaba despierto o soñaba, pero lo cierto es que, en un segundo, de una manera mágica, nos hallábamos en pleno espacio. Todavía no he comprendido qué maravillosas máquinas tienen los zolkarianos, que les permiten pasar del reposo absoluto a una velocidad grandísima, sin padecer los terribles efectos de una aceleración tan brutal. El hecho era, sin embargo, que en un tiempo increíblemente breve, habíamos salido fuera de la atmósfera de la Tierra, cosa que podía advertirse fácilmente al ver las estrellas quietas, frías y sin parpadeos, rodeándonos por todas partes.

Una fenomenal algarabía se armó de pronto cuando Tobin y sus hombres empezaron a hablar en su idioma, de una forma absolutamente incomprensible para mí. Aquello parecía una jaula de locos, pero después he sabido que tenía un fin definido.

Tobin dio una última orden y, al instante, como si sus poderes alcanzaran también a lo que nos rodeaba fuera de la nave, se vio un deslumbrador fogonazo, a una distancia difícil de precisar, y que llenó de rayos de todos los

colores el espacio que teníamos frente a nosotros.

Cuando la obscuridad se hubo rehecho, Tobin se volvió sonriendo hacia mí.

—Ya está. Los hombres de Gikor han sido destruidos y no nos molestarán por ahora.

Miré a Tobin con aire absorto, estupefacto.

—No... no acabo de entenderte —murmuré.

—Por el momento no es preciso —dijo el hombrecillo, el cual tocó una parte de su silla y se puso en pie. Dijo algo en su idioma y uno de sus subordinados se levantó, desapareciendo por la escalerilla.

—Lamento no poder darte más explicaciones por ahora, querido Lassiter —dijo Tobin, lo cual me hizo fruncir el ceño.

—Eso quiere decir que hay algo que me ocultas —le censuré.

No me contestó. En aquel momento venía el hombrecillo que se marchara unos segundos antes, con un objeto en la mano.

Era una vulgar jeringuilla de inyecciones, llena casi en su totalidad de un líquido del color del rubí, transparente y brillante. Tobin miró la jeringuilla con el aire de un experto y luego me sonrió.

—Nosotros —dijo— utilizamos otros procedimiento para hacer esto. Pero, naturalmente, siendo tú un hombre de la Tierra, es obvio que hemos de obrar contigo con arreglo a tu naturaleza. El brazo, por favor.

Intenté echarme hacia atrás, pero no pude. Tobin no había soltado mis ligaduras y estaba muy bien amarrado a la silla.

—No tengas miedo, Lassiter —me tranquilizó él—. Nadie te va a causar el menor daño. Por el contrario, lo único que quiero es evitártelo, ¿me comprendes?

—Lo entendería mejor si te explicaras con más claridad —refunfuñé en tono acre.

—Sólo puedo decirte por ahora que, durante algún tiempo, vas a vivir en lo que se llama suspensión animada. Tu organismo, Lassiter, no está dispuesto para las enormes velocidades que ha de desarrollar nuestra astronave y esto te evitará la mayoría de inconvenientes.

—¿Aceleración, eh? Y esto que hemos hecho, salir al espacio en un segundo, ¿qué diablos es?

Tobin se encogió de hombros sonriente.

—Oh, apenas una ínfima fracción de la velocidad que podemos desarrollar. El brazo, por favor.

Aquel hombrecillo, lo confieso, me fascinaba. No pude evitarlo y unos instantes más tarde me sentía en mi antebrazo el pinchazo de la aguja hipodérmica.

Contemplé en silencio cómo se vaciaba el líquido rojo en mi brazo. Al terminar, Tobin retiró la aguja y frotó el lugar del pinchazo con un poco de algodón y alcohol, en una forma completamente terrestre. Luego entregó los adminículos a su ayudante y éste se retiró.

—Ahora vas a dormir, Lassiter. Dormirás tranquilamente, sin molestias ni sobresaltos, evitándote así las incomodidades del viaje. Cuando llegue el momento, nosotros te despertaremos.

Quise protestar, pero ya las fuerzas no me respondían. Una dulce somnolencia me invadió y los párpados se me cerraron de modo suave, pero irremediable. Lo único que recuerdo es que la cabeza se me doblaba sobre el pecho, pero no llegué a sentir el contacto del mentón con éste.

* * *

Dos sensaciones completamente terrestres fueron las primeras que percibí al despertarme. Una de ellas, encontrarme acostado en una cómoda y mullida litera, y la otra el reconfortante aroma de los huevos con tocino y el café.

Abrí los ojos. Tobin estaba frente a mí y me sonreía amistosamente.

—¡Hola, Lassiter! ¿Cómo te encuentras?

Arrugué la nariz, olfateando el ambiente.

—Yo... muy bien; pero dime ¿estoy en tu nave o en mi cabaña?

—¿Lo dices por el olor que se percibe? —rió jubilosamente Tobin—. No; sigues estando en mi nave y pronto podrás satisfacer tu apetito. Trabajo nos costó sintetizar unos alimentos, a base de los nuestros, que tuvieran la contextura, forma, olor y sabor de los terrestres, pero al fin lo conseguimos. Estuvimos discutiendo muy seriamente la posibilidad de facilitarte nuestras tabletas alimenticias, pero aun cuando las digerirías fácilmente y no te causarían el menor trastorno, sabemos que los terrestres concedéis mucha importancia a la cosa psicológica de la visión de los alimentos que tomáis. Por todo ello, pues, decidimos fabricarte los huevos, el tocino y todo cuanto tú estás acostumbrado a comer en tu planeta.

Di mi conformidad.

Un hombrecillo entró con una bandeja repleta de comida en las manos y la colocó a mi alcance. Sentado en la litera, miré por unos momentos los platos, antes de decidirme a atacarlos.

Sintéticos o no, artificiales o naturales, aquellos huevos con tocino y su escolta de tostadas, mermelada y café, tenían un magnífico aspecto y, sin vacilar un segundo, ataqué la comida con el apetito propio de alguien que ha estado una larga temporada sin probar bocado.

—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo? —inquirí con la boca llena, pues la impaciencia no me dejaba esperar.

—Bastante —contestó Tobin ambiguamente—. Pero esto no debe preocuparte, Lassiter, sino el hecho de que estamos próximos a Zolkar.

—Me lo suponía —dije tranquilamente, sin dejar de comer—. Supongo que por eso me habéis despertado, ¿no?

—¡Ajá! Dentro de pocos días, por fin, estarás en presencia de Neryna.

—Ya tengo ganas de verla —murmuré, recordando de pronto el objetivo de mi viaje.

También se me ocurrió pensar en el escándalo que habría provocado mi

repentina desaparición, pero este pensamiento desapareció enseguida de mi cerebro, absorbido por nuevas ideas.

—Me gustaría que me dieras más explicaciones de lo que ocurre, Tobin —dije—. Una de ellas, los motivos por los cuales fuimos atacados por los hombres de Gikor. Y también quién es éste, por supuesto.

Tobin se quedó unos momentos pensativos; después empezó a hablar:

—Verás, Lassiter. Nuestras leyendas dicen que Neryna ha de volver a la vida para reinar sobre Zolkar, nuestro planeta, capital al mismo tiempo del sistema de Proción. Muchos han sido los que han intentado tal empresa. Pero todos han fracasado y Neryna ha continuado dormida, sin que los esfuerzos de ninguno pudieran despertarla.

»Ahora bien —continuó Tobin—, hay una persona, Gikor, que es la más empeñada en lograr tales propósitos y la única que, según nuestras noticias, tiene mayores probabilidades de conseguirlo.

—Bien, ¿y qué ocurriría si Gikor despertara a Neryna?

—Entonces se casaría con ella y reinarían los dos sobre nuestro sistema.

—Bueno, pues si sólo se trata de ello...

—Verás, Lassiter; en Proción nadie quiere a Gikor. Domina parte del sistema, como una especie de gobernador de un territorio, y ejerce sus funciones de un modo tiránico, despótico, cruel, sin reparar en medios para mantenerse en el poder. El sistema nuestro tiene treinta y siete planetas, todos ellos habitados, más unos veintisiete deshabitados, pero susceptibles de ser repoblados, como antaño lo fueron. Gikor gobierna un grupo de cinco planetas y sus ideas son las de extender todo su dominio al resto del sistema.

»Por ahora, sus esfuerzos han fracasado. Pero si lograse despertar a Neryna, que es la reina que todo Proción aguarda, se casaría con ella, de grado o por fuerza, y nadie podría discutirle entonces su derecho a reinar sobre todo el sistema, ¿me comprendes?

—Hasta cierto punto, sí —dije, empezando a vislumbrar un poco de luz en las palabras de mi amigo—. Es decir, que la reina de Zolkar es también la reina de todo el sistema de Proción.

—Justamente.

—¿Y... y su esposo... ha de ser... el rey de Proción?

Tobin me miró fijamente durante un segundo.

—Sí —dijo al cabo.

Guardé silencio, con la cabeza hecha un puro torbellino. ¿Qué fantástica aventura era aquélla en que me había embarcado, al final de la cual me aguardaba, como premio, un reino? ¿Era posible... o se trataba sólo de un relato de fábula inventado por Tobin?

Para aclarar las dudas, pregunté:

—Bien, ¿y por qué he sido yo el elegido, Tobin?

—No creas que hemos ido a ti a ciegas, querido Lassiter —me contestó apaciblemente el hombrecillo—. Por muchos siglos hemos estado buscando el hombre capaz de ser el esposo de Neryna, hasta hallarte a ti.

—¿A... a mí? —balbuceé atónito—. ¿Durante... siglos?

—Sí, a ti, Lassiter Pickering —contestó solemnemente Tobin—. Como te digo, durante siglos hemos estado recorriendo infinidad de planetas de todos los sistemas solares conocidos en la Galaxia. Hemos estudiado y probado a infinidad de hombres, jóvenes, fuertes, valientes, audaces y con inteligencia, pero ninguno ha servido sino tú.

Pasé por alto el hecho de hallarme ante una persona que, según afirmaba, vivía hacía siglos. Después de saber que Neryna dormía desde medio millón de años antes, el que Tobin tuviera una edad de seiscientos o setecientos años, era realmente una minucia en la cual no merecía la pena reparar.

—Pero... pero —objeté— hombres de mis cualidades los hay a cientos, ¿qué digo a cientos?, a millones, Tobin. Uno cualquiera de ellos...

El enano meneó lentamente la cabeza.

—Ninguno los que examinamos —por supuesto, sin que nadie se diera cuenta de que estábamos sobre él—, reunía, aparte de las cualidades citadas, la más esencial.

—Bien —exclamé con cierta impaciencia—, ¿y qué cualidad es ésa, si puede saberse?

—Cuando el Consejo Supremo de Proción decidió dormir a Neryna, lo hizo en una forma tal, aparte de conservarle la vida indefinidamente, desde luego, en una suspensión animada como la que hemos provocado en ti, que sólo podía ser despertada de una sola manera: por el simple contacto de la mano de un varón. La tuya, Lassiter.

Hube de contener las ganas que sentía de soltar la carcajada.

—¡No me digas! —exclamé burlón a pesar de todo—. Una doncella que duerme durante cinco mil siglos y que se despertará con sólo que yo la toque, ¿eh?

Pero el rostro de Tobin permanecía inalterablemente serlo.

—Neryna —dijo— fue dormida en tales condiciones, que sólo el contacto de un hombre, cuyo organismo tuviera exactamente la misma composición molecular que el suyo, podría despertarla. Ese hombre, obvio es decirlo, eres tú, Lassiter.

De repente las manos me temblaron al mismo tiempo que la boca se me secaba. Tobin adivinó mis pensamientos, porque al instante me alargó un cigarrillo.

—Toma —dijo sonriente—; los hemos sintetizado también aquí.

Expulsé el humo, tranquilizándome un tanto. Luego dije:

—Es algo fantástico lo que me cuentas, Tobin. Sin embargo, lo que yo no acabo de entender es por qué hubo precisión de dormir a Neryna.

Tobin explicó:

—Verás. Cuando se pensó en ello, no se hizo por capricho. Y quien lo hizo, además, era el propio padre de Neryna. Hace quinientos mil años, nuestros astrónomos supieron que Proción iba a sufrir una serie de cambios en su estructura interna, cambios que, provocando una súbita elevación de

temperatura, exterminarían todo signo de vida en los planetas que componen el sistema.

»Esta muerte total podría ser evitada, como lo fue, por algunos. Pero el padre de Neryna quiso que alguien de su familia pudiera recuperar algún día el lugar que le correspondía por nacimiento. Quiso que alguien de su sangre siguiera rigiendo Proción.

»Ahora bien, los cálculos de los astrónomos resultaron parcialmente errados y la elevación de temperatura de Proción no duró tanto como se esperaba. Lógicamente, la vida se rehízo y los planetas comenzaron a repoblarse. Entonces fue cuando llegó el momento de despertar a Neryna, pero, por más esfuerzos que se hicieron, no se consiguió. Nosotros, los hombres amarillos, somos los descendientes de la fiel guardia personal del padre de Neryna, a los cuales encargó de su custodia, así como de buscar al hombre que debía despertarla, y a lo largo de casi cinco mil siglos hemos estado realizando esta tarea, que ha pasado de mano en mano, hasta llegar a nosotros, que te hemos encontrado a ti.

Apenas hubo terminado de hablar, Tobin dio un paso atrás y, libándose la mano izquierda al pecho, exclamó en tono solemne.

—Yo, Tobin, de Zolkar, te saludo a ti, Lassiter Pickering, rey de Zolkar y de Proción.

CAPÍTULO IV



ARECÍA absurdo, irreal, pero, sin embargo, era absolutamente cierto.

Allí estaba yo, el terrestre Lassiter Pickering, considerado ya de antemano como el rey de un fantástico reino situado en las estrellas, en ese punto tan alejado que nunca sería alcanzado por nosotros, debido a la enorme distancia que había entre ambos.

La actitud de Tobin no dejaba el menor lugar a la duda. Y no era un sueño. Estaba despierto, bien despierto, y todo cuanto me estaba sucediendo era rigurosamente verídico. Yo, rey de Zolkar.

Sacudí la cabeza de modo maquinal, como queriendo clarificar el violento torbellino de contradictorios pensamientos que se agitaban incesantemente en su interior. Proción, Zolkar, Neryna, Gikor... todo ello componía una especie de sinfonía de mil ideas, cada una de las cuales era suficiente para alterar las facultades mentales de hombre de más asentado cerebro.

Al cabo de unos momentos fue cuando, al fin, me arriesgué a hablar de nuevo.

—¿Es... estás seguro de lo que dices, Tobin? ¿No te equivocarás?

El hombrecillo movió la cabeza con gesto seguro.

—No, Lassiter. Como te dije, hemos estado estudiándote desde hace mucho tiempo y...

No pude contener una sonrisa burlona.

—¿Mucho tiempo? Tobin, dime, ¿crees sinceramente que es mucho tiempo el comprendido entre mi llegada de Titán y el momento en que te diste a conocer, a pocas semanas de mi partida hacia Plutón? Ten en cuenta que es un espacio inferior a un año y que...

El hombrecillo se echó a reír.

—¿Qué significa un año para nosotros, que podemos vivir siglos, Lassiter? Nuestras investigaciones sobre ti comenzaron cuando apenas si podías caminar. Tienes ahora, según vuestro calendario, unos veintiocho años, de los cuales veintiséis han sido dedicados, por nuestra parte, al estudio de tus cualidades tanto físicas como síquicas. Oh, ciertamente que no, Lassiter; para una misión de tanta grandeza y trascendencia no podíamos actuar con ligereza. Claro está —añadió Tobin con negligencia—, que no fuiste el único

terrestre sobre el cual centramos nuestros estudios. Lo hicimos con muchos antes de ti y al mismo tiempo que a ti también, pero sólo uno fue el que resultó ser elegido.

Guardé silencio de nuevo. Tobin se compadeció de mí y esta vez me entregó un paquete entero de cigarrillos, así como un encendedor automático. Prendí fuego a un pitillo y durante unos momentos contemplé silenciosamente el caprichoso desenvolvimiento de las espirales de humo.

Sin decir nada, Tobin salió de la cámara, dejándome a solas con mis pensamientos. Pero yo ya estaba cansado de tanta cama, de modo que me incorporé y salí de la estancia en dirección hacia el puesto de control, en el cual se hallaban varios hombrecillos atentos a los mandos.

Había varias pantallas, en las cuales se reflejaban las señales de los aparatos detectores que manejaban aquellos seres. Sin embargo, al no comprender ninguna, puesto que no transmitían imágenes comprensibles para mí, me dediqué a la contemplación del cielo a través de la cúpula transparente de la astronave.

Así, poco más o menos, transcurrieron varios días, durante los cuales pude percatarme de que la nave deceleraba paulatinamente. Esto me dijo que ya nos estábamos aproximando a nuestro destino, lo cual provocó una cierta excitación nerviosa en mi ánimo, excitación que, en ocasiones, me resultaba difícil de dominar.

Cuatro días más tarde, Tobin vino a mí.

—Dentro de pocas horas aterrizaremos en Ulbuss.

Debí poner una cara muy estúpida, porque Tobin casi se echó a reír.

—¿Ulbuss? —repetí.

—Sí. Es el planeta donde se encuentra Neryna.

—No lo entiendo. Dijiste que Neryna era la reina de Zolkar...

—Pero no mencioné que necesariamente hubiera de encontrarse en este planeta, Lassiter.

—Te agradecería que aclarases la cuestión, Tobin —mascullé.

—Ya te dije que Proción hubo de sufrir una leve alteración en su estructura atómica que provocó un aumento de la temperatura. No fue tanto como para convertirse en una «nova», pues entonces hubiera arrasado todo el sistema planetario, sino, solamente lo suficiente para extinguir toda, o casi toda la vida que existía sobre los planetas. Ahora bien, Zolkar es uno de les que mejores condiciones reúnen para la vida, precisamente porque se encuentra en una órbita, salvando las proporciones, claro está, muy parecida a la de vuestra Tierra. En el sistema solar, Venus resulta muy caluroso y Marte demasiado frío. En ambos planetas se puede vivir, pero sin las facilidades que en la Tierra, ¿me entiendes?

—Creo que sí —murmuré.

Tobin prosiguió:

—Pues bien; a fin de que el aumento de temperatura de Proción no causara perjuicio alguno a Neryna, el padre de ésta decidió dormirla en Ulbuss, uno de

los planetas más alejados de Proción.

—Creo que voy entendiendo —dije, y los ojillos de Tobin chispearon.

—Celebro que sea así, Lassiter. Como te digo, dentro de poco aterrizaremos en Ulbuss y entonces...

Se interrumpió súbitamente.

—Ven —dijo, de modo lacónico, sin dar ninguna explicación.

Le acompañé hasta una cámara situada en el piso inferior, cuya puerta abrió.

Pasamos dentro y una vez allí contemplé, admirado, los objetos que me enseñaba Tobin.

—Posiblemente no los necesitaremos —dijo—; pero, por si acaso, para estar preparados para una eventualidad que muy bien pudiera surgir, los mandé fabricar mientras tú dormías en suspensión animada. Examínalos a placer; me gustaría que me dijeras si encuentras algún defecto en ellos.

Avancé hasta la pared frontera y fui tocando las prendas de abrigo, de tipo polar, eran completamente adecuadas al fin que se les destinaba. Había, además livianas tiendas de campaña, fáciles de armar y desarmar, cuya tela podía encerrarse en el hueco de la mano; mochilas de espalda repletas de conservas y alimentos concentrados, incluidos algunos infiernillos para calentar los víveres; botas forradas de gruesa piel... En fin, no faltaba el menor detalle, porque incluso pude ver algunos rifles y revólveres automáticos pendientes de unos ganchos.

Tomé uno de los rifles y dejé la recámara al descubierto. Me fascinó la limpieza y pulcritud con que había sido construido y no me hizo falta ver mucho más para saber que, bien manejada, aquel arma era perfecta.

Devolví el rifle a su gancho y luego me enfrenté con Tobin.

—Veo que no has dejado detalle, amigo. Sin embargo, no acabo de comprender del todo su utilidad. ¿No dices que vamos a aterrizar en...?

—Eso es, Lassiter. Sin embargo, pudiera ocurrirnos algún percance, del cual nadie está libre, y no quiero que la cosa nos coja desprevenidos, ¿entiendes?

Sacudí la cabeza una vez más, procurando ocultar la sospecha que se estaba formando en mi cerebro.

—Tú temes algo, Tobin. ¿Gikor?

Los labios de mi amigo se adelgazaron hasta casi desaparecer.

—Sí; Gikor —confesó al cabo—. Quiere a Neryna para sí y no reparará en medios con tal de conseguirlo.

—Ya lo he visto —dije, pensando en el ataque de que habíamos sido objeto poco antes de zarpar—. Sin embargo, lo que no acabo de entender es la clase de armas que usa ese individuo.

—¡Ah! ¿Te refieres a aquellos fogonazos que parecían atravesar nuestra nave? Sí, es cierto; no te lo había explicado. Son descargas de fotones a alta velocidad.

Parpadeé, asombrado. Jamás había oído hablar de aquello.

—Ya sabes —continuó Tobin— que la luz viaja a trescientos mil kilómetros al segundo y que los fotones son las partículas que componen aquélla. Pues bien, una descarga de estos elementos, lanzados a una velocidad diez veces mayor, por lo menos, es algo capaz de destruir una astronave con la misma seguridad que lo haría una bomba de gran potencia. Entonces la luz se convierte en algo sólido y tangible, de un poder terroríficamente destructor y contra el cual es muy difícil luchar.

—Sin embargo —objeté—, tú conseguiste neutralizar sus ataques.

—Porque estaba prevenido —dijo Tobin— y había dispuesto un caparazón protector en torno a nuestra nave, que redujo la velocidad de la descarga fotónica a apenas el doble de lo normal. Por eso pudiste ver que la luz atravesaba las paredes metálicas como si hubieran sido de vidrio. En el caso de que no hubiera podido contrarrestar la descarga de los hombres de Gikor, todos nosotros, y la nave también, por supuesto, hubiéramos desaparecido en una infinitesimal fracción de segundo.

—Y luego tú destruiste su nave.

Una astuta sonrisa apareció en el rostro de Tobin.

—Empleé un proyectil completamente terrestre, Lassiter. Un torpedo teledirigido, dotado de cabeza nuclear. No estaban preparados para recibir tales disparos y desaparecieron.

—Lo que yo no entiendo es cómo aparecieron tan oportunamente —dije.

—Por la sencilla razón de que los hombres de Gikor no están persiguiendo continuamente. Saben que un día u otro hemos de dar con el hombre capaz de despertar a Neryna y tratan de impedirlo.

—Y ahora que estamos llegando a Ulbuss temes un nuevo ataque.

—No lo temo; estoy seguro de ello —repuso Tobin en tono sombrío.

Calló él y callé yo también. Disimulando mi nerviosismo, me puse a mirar a través del vidrio transparente de la cúpula, contemplando el estrellado firmamento que nos rodeaba por todas partes.

De pronto, uno de los hombrecillos gritó algo. Tobin se acercó a él y los dos se pusieron a charlotear de modo excitado, como dos micos en el Zoo. Estuvieron así durante un minuto, al cabo del cual, Tobin me llamó.

—Ven, Lassiter.

Me acerqué al hombrecillo. Su mano señaló una pantalla circular, negra, en el centro de la cual se veía un punto brillante, redondo, que fulguraba en el espacio, pero que, sin embargo, ni el más lego en la materia hubiera sido capaz de confundir con una estrella.

—¿Ulbuss? —inquirí innecesariamente.

—Sí —dijo Tobin—. Ahora vamos a establecer una órbita de aproximación que nos deje en el lugar donde se encuentra Neryna o, por lo menos, a la mínima distancia.

Dicho esto, Tobin se volvió hacia sus hombres y comenzó a hablarles en su cloqueante idioma, de un modo rápido y centelleante. Sus acólitos empezaron a trabajar furiosamente en las calculadoras y al cabo de unos minutos, uno de

ellos se volvió hacia su jefe.

Entonces, Tobin se sentó ante su puesto de control y tocó alguno de éstos.

De momento, no vi nada ni percibí la menor variación en la marcha de la astronave. Todo siguió igual y hubieron de pasar un par de horas antes de que me diera cuenta de que el punto, blanco de la pantalla había aumentado perceptiblemente de tamaño.

Ulbuss se vio claramente ahora. Era una esfera blanca, colgada en el telón del espacio, brillando refulgentemente, de tal forma que parecía una perla sobre un trozo de terciopelo negro. Pronto tuve ocasión de darme perfecta cuenta de lo que aquello significaba.

La nave desaceleró visiblemente, pero a pesar de todo Ulbuss crecía sin cesar. En apariencia, nos dirigíamos hacia él en línea recta; no obstante, yo sabía que nuestra trayectoria era una espiral de gran tamaño, cuyo radio se iba reduciendo cada vez menos. Al fin pude contemplarlo desde una altura inferior a los diez mil kilómetros.

Inmediatamente comprendí la previsión de Tobin. Ulbuss era, ni más ni menos, un gigantesco globo cubierto de hielo en toda su superficie.

No pude remediarlo y hube de tragar saliva. Jamás había visto nada semejante; ni siquiera Titán podía compararse a Ulbuss. En Titán se veían rocas escarpadas, azules, rojizas, casi siempre negruzcas, surgiendo de la superficie que era su atmósfera helada. En Ulbuss no parecía haber nada de eso tan siquiera.

La astronave continuó perdiendo velocidad y altura. Su desaceleración, ahora que teníamos el punto de referencia que era el planeta hacia el cual nos dirigíamos, se podía apreciar a simple vista. Pronto sentimos el clásico siseo del aire al rozar con las estructuras externas de la nave y ésta bailó unos momentos en los torbellinos provocados por su veloz marcha, hasta que Tobin, con hábiles manos, consiguió estabilizarla.

Ya no nos hacían falta las pantallas para nada. Nuestros ojos eran suficientes para ello, ayudado por algunos prismáticos que Tobin había fabricado de la misma forma que los demás objetos terrestres. El suelo iba aproximándose con rapidez y era obvio que pronto podríamos posar nuestras plantas en él.

Nos hallaríamos a una altura de seis a siete mil metros, cuando, de pronto, el índice de Tobin señaló un punto bajo la nave, un poco al sesgo. Luego me pasó los gemelos.

Ajusté los objetivos y, después de algunos tanteos, hallé lo que el hombrecillo me indicaba. Gracias a la casi total reducción de la velocidad en sentido horizontal —descendíamos prácticamente de manera vertical—, pude apreciar claramente una cosa.

El paisaje, en general, aparecía liso visto desde lo alto; una inmensa llanura cubierta de hielo en todos los sentidos, hasta perderse de vista en el horizonte. Pero a unos ocho mil metros de nosotros se veía, algo que rompía la monotonía del paisaje, con sus líneas quebradas abruptamente.

Era una especie de castillo o palacio, cubierto también de hielo, con algunas torres o almenas de forma cúbica, que sobresalían del conjunto general de edificaciones. Parecía construido enteramente de azúcar y, la verdad, daban ganas de pasarle un dedo por encima y luego chupárselo.

Tobin maniobró diestramente, haciendo describir a la nave un amplio circulo en torno al castillo, en cuyos muros no se advertía la menor solución de continuidad que pudiera indicar alguna puerta o ventana. Era seguro que en tiempos las hubo y que debían continuar existiendo, pero el hielo las había cubierto de tal modo que quedaban prácticamente invisibles.

Lancé un suspiro de alivio. Bien, mi aventura tocaba a su fin; allí, a cinco kilómetros escasos de distancia estaba Neryna dormida; yo la tenía que despertar, y luego, heme aquí rey de todo un sistema solar. ¿Qué pasaría cuando me presentase en la Tierra, con mi nuevo cargo y mi bellísima esposa al lado? ¿Qué sensación causaríamos? Y los sabios, técnicos y científicos terrestres ¿qué dirían al saber que los viajes a los planetas se habían quedado anticuados de repente, que podía irse con toda facilidad a las estrellas, por lo menos a las más próximas a la Tierra?

Todo esto era un conjunto de pensamientos y suposiciones que llenaban mi corazón de alegría, enorgulleciéndome de ser yo su protagonista, pero todo, también, se esfumó bruscamente cuando de modo súbito el suelo de la nave se alzó por uno de sus lados, hundiéndose por el opuesto.

Antes de que pudiera darme cuenta de lo que ocurría, ya estaba yo rodando por el suelo, agitando brazos y piernas de un modo ridículo, y antes de detenerme tan siquiera, sin tiempo para preguntar por las causas de tan insólito suceso, un poderoso trueno hirió mis oídos.

La nave fue zarandeada brutalmente y todos cuantos nos hallábamos en su interior arrojados de un lado para otro. Oí gritos de dolor y yo mismo los lancé al sentir contra mis costillas algún saliente metálico de poco agradable contacto.

En la cabina se organizó un barullo espantoso. Todos los hombrecillos gritaban y chillaban, cloqueando en su lengua materna, aturdidos, espantados, tratando de hacer algo sin conseguir nada que no fuera aumentar la confusión que ya existía.

Pero hubo alguien que, en medio de aquel espantoso desconcierto, supo conservar la serenidad general: Tobin, quien, arrastrándose por el suelo, consiguió llegar hasta su asiento y una vez allí, hacerse con los mandos de vuelo en superficie.

Inmediatamente, la nave se estabilizó. El suelo volvió a ser horizontal y yo, frotándome los doloridos riñones, me puse en pie. Tobin me lanzó una advertencia.

—¡Siéntate, pronto!

Obedecí y al instante las correas de sujeción me rodearon el cuerpo.

En el acto sucedieron dos cosas: un terrible y repentino aumento de la velocidad de la nave y un segundo y espantoso estallido que, tomándonos por

la retaguardia, nos ayudó a correr más todavía.

Mi espalda se pegó al respaldo del asiento como consecuencia del brutal aumento de aceleración. Abrí la boca intentando respirar, al mismo tiempo que veía el paisaje desfilar rapidísimamente bajo nosotros.

—¡Gikor ataca de nuevo! —gritó Tobin.

—Contéstale tú —le dije, y vi que Tobin apretaba sus dientes con fiereza, al mismo tiempo que hacía volar sus dedos por encima del teclado de los controles.

Había una pantalla frente a nosotros y en ella pude ver un fino trazo que, según la dirección que marcaba, parecía alojarse de nosotros. Pero, al mismo tiempo, otra línea, en sentido contrario, a la anterior, apareció en el vidrio deslustrado.

Simultáneamente con el bote que dio la nave, otro trueno, éste algo más lejano, hirió también nuestros oídos. Me alegré de que Tobin hubiera sabido dar una respuesta satisfactoria a nuestros enemigos, pero en aquel momento me apercibí de algo que, sin ser metáfora, me heló la sangre en las venas.

No se trataba ya de que, perdido el control, la nave cayese vertiginosamente a plomo hacia el implacable suelo de hielo que nos aguardaba abajo, sino de que no era «toda» la nave la que caía, sino apenas un poco más de la mitad de la misma.

CAPÍTULO V



SÍ era, en efecto.

El impacto del torpedo enemigo había sido directo y su explosión había causado devastadores efectos en nuestro aparato. Todo un trozo de él faltaba. El estallido lo arrancó de tal modo, que podía verse claramente a su través y no sólo podía verse, sino que, además, se sentía el vivísimo frío que reinaba en la atmósfera de Ulbuss.

Por eso he dicho que la sangre se me helaba realmente en las venas: por el frío y por la situación tan desesperada en que nos hallábamos.

Caíamos vertiginosamente, en vertical. El suelo de la nave estaba manchado de rojo y tres o cuatro cadáveres, horriblemente mutilados, yacían sobre el mismo. En cuanto a mí, todavía no consigo explicarme de una manera satisfactoria por qué estaba vivo cuando ya el disco volador —mejor dicho, lo que restaba— era un cementerio de metal.

El aire silbó agudamente al ser hendido por las retorcidas estructuras de nuestra máquina, al mismo tiempo que el suelo se acercaba rapidísimamente. Verdaderamente, me vi muerto en aquellos momentos, máxime cuando, de una manera instintiva, al mirar hacia mi izquierda, pude darme cuenta de que Tobin yacía en la inconsciencia, con la cabeza doblada sobre el pecho del que brotaba un ancho arroyo de sangre.

¡Adiós todos mis sueños de grandeza y poderío! Dentro de unos segundos muy pocos, la nave se estrellaría contra el hielo y mi cuerpo pasaría al estado de pulpa. Un golpe y nada más, excepto el hielo eterno de Ulbuss.

Pero, cuando ya lo daba todo por perdido, la decoración cambió de un modo si no radical, sí lo suficientemente satisfactorio como para abrigar alguna esperanza. Tobin levantó la cabeza.

Sus ojos turbios miraron a derecha e izquierda. Captaron mi imagen y vi en aquellas verdosas pupilas un destello de interés.

La mano derecha de Tobin se alzó con esfuerzo hasta el tablero de mandos. Advirtiendo que aquélla era la única posibilidad de salir con vida, le tomé el brazo con ambas manos, sosteniéndoselo a fin de que pudiera manejar con más comodidad los mandos del aparato.

En aquel momento no se me ocurrió pensar que casi la mitad de la nave se

había ido a paseo; lo único que quería, y desesperadamente por cierto, era salvar mi vida. Y Tobin lo consiguió, con el último aliento que le quedaba.

Sus dedos se movieron con la torpeza propia de la agonía sobre los controles. Falló, cosa lógica en un moribundo, un par de ocasiones, pero al fin la vertiginosa caída de la nave se detuvo.

No sé cómo lo consiguió.

Supongo que debía quedar algún motor, o sea, que el aparato no era de motor único. Fuera como fuera, la caída a plomo se convirtió en un descenso rápido, pero que permitía abrigar algunas posibilidades de salvación.

Me preparé para el choque inevitable. Tobin hizo aún algunos esfuerzos, pero era indudable que lo que quedaba de la nave ya no respondía. Lo único que consiguió fue hacerlo descender en resbalamiento, en lugar de verticalmente.

El suelo se aproximó con rapidez. Mis manos se crisparon sobre los brazos del asiento, al mismo tiempo que mis pupilas escrutaban el terreno que tan rápidamente se nos acercaba. En el último instante, cerré los párpados de modo puramente maquinal.

Hubo un atroz estruendo, al mismo tiempo que la nave se deslizaba por el hielo dando saltos atroces. El metal chilló agudísimamente, en tanto que, tras nosotros, quedaba una enorme estela de hielo pulverizado por el violentísimo aterrizaje.

Los ruidos me atronaron los oídos. Las correas de seguridad me martirizaron cruelmente el organismo, pero es gracias a ellas como puedo contarlo. Hubo unos cuantos saltos y rebotes más, y al fin, de un modo brusco, el aparato se detuvo, frenado por un colosal bloque de hielo que había surgido repentinamente frente a él.

Después de la detención, el silencio. Un silencio denso, angustioso, preñado de sombrías amenazas sobre mi futuro. Era cierto que, por el momento, estaba vivo, pero ¿cuánto tiempo duraría en un planeta absolutamente desconocido para mí y que, además, no tenía nada de hospitalario?

Unos sonidos extraños me trajeron a la realidad de las cosas. Miré a mi izquierda.

De la garganta de Tobin salían unos ruidos apenas inteligibles. Su mano se posó pesadamente sobre el tablero de control, parcialmente curvado a consecuencia de la catástrofe y al instante cedieron mis ataduras.

Lo sujeté por los hombros, mirándole profundamente a los ojos, que ya comenzaban a vidriarse. Él me miró también.

—Ne...ryna... —balbuceó, al mismo tiempo que una rosada espumilla manchaba sus lívidos labios—. Despiér...tala...

—Sí, sí —casi grité—, pero ¿dónde está? ¿Dónde está? ¿Dónde está, Tobin?

Sus ojos voltearon al frente. Su mano izquierda, mejor dicho, lo que quedaba de ella, un sanguino lento muñón de espantoso aspecto, se extendió

con dificultad.

—Allí... allí —jadeó con apenas un susurro, y apenas hubo pronunciado estas palabras, se estremeció y murió.

Lo solté, horrorizado y espantado a un tiempo. No sé que me impresionó más en aquellos momentos: si la muerte de Tobin, a quien en el poco tiempo que conocía, ya había llegado a tomar un cierto afecto, o el hecho indubitable de que yo, Lassiter Pickering, de la Tierra, me encontraba en un planeta situado del mío a nada menos que la friolera de once años luz.

Me puse, en pie lentamente, abrumado por el horror de mi situación. Pero, de repente, algo me sacudió el cuerpo con un duro latigazo: el frío.

Ya he dicho que, a consecuencia del proyectil enemigo, faltaba casi la mitad de la nave. Frente a mí se abría un ancho boquete, por el cual podía pasar cómodamente un automóvil, pero que en aquellos momentos sólo servía para dejar pasar el frío, un frío glaciar, que podía convertirme en un carámbano a poco que me descuidase.

No me entretuve mucho en pensar por qué el clima general de Ulbuss era similar al de nuestras regiones polares. En aquellos momentos lo único que recordé era el pañol que Tobin, previsoramente, había atestado de ropas de abrigo y otros objetos apropiados para aquellos parajes.

Lancé un sonoro rugido de alegría, animalmente egoísta, al ver que la explosión había respetado completamente el pañol. Me olvidé de los dolores que sentía como consecuencia de los golpes recibidos en el aterrizaje y, sin pensarlo dos veces, elegí con toda rapidez un equipo ajustado a mis medidas.

En unos momentos, pues, estuve cómodamente vestido con un cálido chaquetón con capucha de piel, gruesos pantalones acolchados interiormente y un par de botas que me llegaban a media pierna y que, una vez atadas como era debido, impedían en absoluto el paso del frío, que penetraba impunemente en la nave por el boquete abierto por el proyectil enemigo.

Salí fuera del pañol, permaneciendo unos momentos en pie, en el centro de la derruida cabina. Sobre el suelo yacían cuatro o cinco cadáveres de hombrecillos, más el de Tobin, que permanecía aún sujeto a su sillón de mando. Habían vivido siglos y posiblemente hubieran vivido otro tanto tiempo, pero había sido suficiente un segundo para arrancarles aquella existencia de tan increíble duración.

De los otros seis tripulantes no vi el menor rastro. Seguramente fueron muertos por el estallido, de modo instantáneo, y se perdieron en el espacio. Allí no había más que un ser viviente: yo.

No permanecí quieto mucho tiempo. Era obvio que la astronave no era lugar propio para la vida, dado que no se podía calentar su interior. Por otra parte, yo tenía una cosa que hacer: buscar a Neryna.

¿Por qué? ¿Por cumplir los últimos deseos de Tobin? ¿Por reinar sobre todo el sistema de Proción? ¿Por casarme con una bellísima mujer? ¡No! ¡Nada de eso!

Tenía que hallar a Neryna porque, con toda seguridad, ésta sabría o tendría

el medio de huir de aquel inhóspito planeta. De lo contrario, moriría.

Éstos eran mis egoístas sentimientos en aquellos instantes y no me avergüenza confesarlo.

En unos momentos me equipé. Llené una mochila con lo más indispensable en víveres, agregando unos livianísimos sacos de dormir y una tienda de campaña, así como un rifle, un revólver y municiones en abundancia, pues no sabía los peligros con los cuales tenía que enfrentarme, después de lo cual me dispuse a partir.

Antes de hacerlo me detuve unos instantes a espaldas del cadáver de Tobin. Medité.

Era cierto que habíamos visto el palacio helado, donde yacía Neryna, desde el aire, pero también no era menos cierto que al ser atacados por los secuaces de Gikor habíamos emprendido la huida o acaso la búsqueda de una mejor posición para el contraataque. De todas formas, la realidad era que en aquellos pocos minutos la nave había corrido mucho y que el palacio estaba bastante alejado del lugar donde al fin nos habíamos estrellado.

Como único punto de referencia en aquella interminable llanura helada que se extendía ante mí, tenía la inerte mano de Tobin. Éste había exhalado su último suspiro intentando señalarme la dirección del palacio. Si era verdad o no, no tardaría en saberlo, aunque no antes de una semana, pues, contando por lo bajo, nos habíamos alejado, al menos doscientos kilómetros del lugar donde dormía Neryna. Si podía recorrer dicha distancia en siete días o su equivalente terrestre, podía darme por satisfecho. Los víveres, según me había informado Tobin, eran concentrados y de alto valor vitamínico, de modo que, gracias a tal coyuntura, pude acumular en la mochila la cantidad suficiente para tres semanas. Después...

Me ajusté maquinalmente las hombreras de la mochila y acto seguido, sin más dilaciones, salí fuera.

Por unos instantes contemplé el paisaje que se extendía, infinito y abrumador en su inacabable blancura, hasta llenar cuanto alcanzaba a mi vista. El suelo era de hielo sólido, casi transparente en algunos sitios, aunque no tan llano como parecía visto desde la altura, y en cuanto al aire no se notaba ninguna diferencia con el de la Tierra. El cielo estaba cubierto perennemente de unas nubes grises, sombrías, de color plomizo, que parecían inmóviles, eternamente quietas.

Lancé un suspiro y eché a andar, asentando sólidamente las claveteadas suelas de mis botas sobre el hielo. Aquélla era la única posibilidad que tenía de salvar mi vida y no podía desaprovecharla.

Afortunadamente, estaba provisto de un reloj eterno. Éste no podría medirme el tiempo de Ulbuss, pero sí contarme las horas y esto, para mí, no dejaba de tener su importancia, puesto que así podría saber el tiempo invertido en mi caminata. Confiaba en que el palacio donde dormía Neryna se vería desde muy lejos, rompiendo con la quebrada línea de sus torres cúbicas la general monotonía de la llanura. Tal pensamiento me infundió nuevos ánimos

y así, con paso relativamente vivo, emprendí la marcha.

Cinco horas más tarde me detuve. Calculé que había llegado el momento de hacer un alto, más para descansar en realidad que para comer, pero tampoco debía abandonarme en este sentido. Me descargué el equipo y, buceando en la mochila, extraje de ella lo necesario para tomar un pequeño refrigerio, incluido un hornillo portátil cuya llama era producida por pastillas de alcohol sólido concentrado.

El frío era muy vivo —en unos veinte grados centígrados bajo cero lo calculé—, pero la ropa abrigaba enormemente. Unos cuantos bocados de carne enlatada y concentrada, así como un par de tazas de café hirviendo, fueron más que suficientes para reanimarme, después de lo cual prendí fuego a un cigarrillo.

El paisaje no había variado en lo más mínimo. Por todas partes a donde alcanzaba mi vista era hielo. Había numerosas grietas, seguramente producidas por los cambios de temperatura, y había también sitios donde se alzaban enormes bloques de agua congelada, cosa ésta que no dejaba de dificultar la marcha, pues en ocasiones me veía obligado a dar un rodeo para evitar aquellos accidentes. Sin embargo, he de confesar que, sobre todo en los primeros momentos, no estaba desanimado ni mucho menos, pese a estar rodeado de un panorama que lo era todo menos acogedor.

Después de una hora de descanso, y antes de que el frío empezase a apoderarse de mí, lo recogí todo y reanudé la marcha, que sólo detuve después de un tiempo similar, pude darme cuenta de que en Ulbuss no había noche ni día sino solamente aquel resplandor grisáceo, de tan deprimentes tonos, lo cual me dijo que el planeta no tenía movimiento de rotación en torno a su eje o, si lo tenía, era tan lento, que no podía advertirse en el escaso tiempo que yo llevaba sobre su superficie.

Hice, pues, como si hubiera llegado la noche Para ser la primera etapa, me había fatigado notablemente, puesto que, en total, habían sido más de diez horas de marcha, las cuales, según un moderado computo, y teniendo en cuenta, además, los accidentes del terreno, me habían venido a producir algo así como unos treinta y cinco kilómetros de avance. Esto no dejó de alegrarme, puesto que, siguiendo con el mismo ritmo, llegaría al palacio en el plazo previamente calculado. Preparé la cena y luego, en tanto se calentaba el agua para el café, monté la tienda, colocando en su interior el saco de dormir.

Una vez todo listo me percaté de un detalle: ¿por qué razón había puesto en la mochila una cantimplora con agua? Debía de haberlo hecho sin duda de modo maquinal, ya que lo único que había conseguido era cargarme con un peso adicional completamente inútil. Allí tenía hielo, de modo que me bastaba tomar unos cuantos pedazos y fundirlos para obtener toda el agua que precisara. De todas formas, entre la comida y el café de las dos detenciones había consumido ya más de la mitad del contenido de la cantimplora, cosa que me hizo arrepentirme del primer impulso que me había acometido y guardarla de nuevo en la mochila en lugar de arrojarla. En el siguiente descanso fundiría

el hielo preciso para llenarla y así no perdería tanto tiempo.

Me dormí como un leño, apenas hube introducido mis cansados huesos en el saco de dormir. Tuve tiempo, sin embargo, de echar un vistazo al reloj, pues deseaba comprobar el tiempo que dormiría, después de lo cual me abandoné en los brazos de Morfeo.

No sé el tiempo que estuve durmiendo. Lo primero que recuerdo es que un ruidito extraño me despertó súbitamente.

En los primeros momentos permanecí donde estaba, yaciendo cálidamente abrigado dentro del saco de dormir, sumido en una dulce somnolencia, a la cual era difícil sustraerse. Pero cuando el ruidito se repitió y lo identifiqué como el chillido de una rata o cosa parecida, me levanté de un salto.

Tan rápidamente lo hice que estuve a punto de derribar la tienda. Salí de ella a gatas, parpadeando para acostumbrar mis ojos a lo que me parecía un intolerable resplandor, y el chillido volvió a repetirse.

Eché mano al revólver precavidamente. Ruido de patitas corriendo velozmente por encima del hielo se oyó claramente, al mismo tiempo que el chillido, multiplicado ahora varias veces, se escuchaba de nuevo, pero cada vez más tenue hasta desaparecer por completo.

Fruncí el ceño. De modo que Ulbuss no estaba tan deshabitado como parecía. ¿Ratas acaso?

Esta sospecha me estremeció de arriba abajo. No pensé en la bajísima temperatura que reinaba, sino en el siniestro hecho que representaba para mí el hallarme rodeado de una bandada de aquellos voraces animalillos, cuyo número, ya que no su volumen físico, podían derrotarme con la mayor facilidad. Pero, por más esfuerzos que hice, no conseguí divisar a ninguno de ellos.

Recorrí cuidadosamente los alrededores de la tienta, hondamente preocupado por aquel insólito suceso. Revisé con todo cuidado mis pertenencias, hallándolas afortunadamente intactas. Seguramente no les había dado tiempo a tocar nada, gracias a mi oportuno despertar. Por otra parte, el hielo era demasiado duro para que dejaran huellas, con lo que de ninguna manera pude hallar rastro de aquellos animales.

No perdí mucho tiempo allí. Lo recogí todo y me lo cargué a la espalda. Ni siquiera me entretuve en desayunar, acuciado por la necesidad de alejarme cuanto antes de aquel lugar. Posiblemente había ido a hacer alto cerca de alguna nidada de ratas y, dado que no podía localizarlas y destruirlas, lo mejor que podía hacer era marcharme cuanto antes de allí.

Comí una lata mientras caminaba a buen paso, al mismo tiempo que vigilaba con cien ojos mis proximidades. Una rata sola es un animal cobarde, pero en bandada y hambrientas por añadidura, son capaces de devorar hasta a un elefante. Y éste era un panorama que, francamente, no me agradaba lo más mínimo.

En varias ocasiones sentí la impresión de que unos ojos me vigilaban. Incluso llegué a oír algo, quizá rumores de patas de blandos dedos pisando

sobre el hielo, pero, por más esfuerzos que hice, no conseguí ver nada. Empecé a ponerme nervioso, tanto que, en una ocasión, varias horas más tarde, no advertí un repentino fallo del terreno y caí rodando media docena de metros antes de detenerme.

Cuando al fin hube cesado de voltear sobre mí mismo, me senté en el suelo, mascullando imprecaciones entre dientes. Comprobé que, por fortuna, no me había causado daño alguno de importancia, tras de lo cual me dispuse a reanudar la marcha.

Pero en aquel momento, un nuevo sonido hirió mis oídos.

Era un sonido que me dejó casi tan frío como el hielo que me rodeaba por todas partes: ¡un grito de mujer!

Quedé como petrificado.

Por unos instantes pensé que deliraba, pero cuando el grito se repitió, de modo angustioso, con trémolos de espanto, no dudé de la integridad de mis sentidos y supe que, a corta distancia, una mujer estaba en peligro y pedía socorro.

CAPÍTULO VI



ESECHANDO mis propias preocupaciones, me puse en pie de un salto.

Arrojé a un lado todo cuanto podía servirme de estorbo y, solamente con mis armas, eché a correr hacia el lugar de donde provenían los gritos.

Remonté una pequeña pendiente, cuya altura era superior a la mía y salvé el obstáculo de un par de gruesos bloques de hielo que me ocultaban la visión. Al pasar al otro lado fue cuando pude ver con toda claridad.

Los gritos, efectivamente, eran de mujer, aunque su silueta no podía aclarar su sexo, debido a las gruesas ropas de abrigo con que se vestía. Pero sí podía advertirse a simple vista que su situación, más que apurada, era desesperada.

La mujer, que vestía un chaquetón muy parecido al mío, con la capucha hacia atrás, lo cual dejaba su largo y ondulado cabello negro en libertad por encima de sus hombros, estaba medio echada en el suelo, apoyada en éste con la mano izquierda, en tanto que con la derecha manejaba un grueso bastón con el que trataba de defenderse de una docena de fieras que la atacaban.

Los chillidos de las bestias se confundieron con sus gritos. No eran ratas, aunque sí tenían un aspecto vagamente parecido con el de éstas, pero en cambio su tamaño era muy superior. Parecían perros por su volumen, y poseían unas características anatómicas hasta cierto punto absurdas, pues todo su cuerpo, e incluso parte de su cabeza y sus cuatro patas, estaba cubierto de grandes placas con brillo y contextura metálicas, con uniones elásticas en las coyunturas, para lograr la facilidad de movimientos. Su boca, alargada, casi en forma de pico, estaba dotada de unos dientes menudos, en grandísima cantidad, pero largos y aguzados como espinas de cactus. Una mordedura de aquellos dientes debía de producir daños de consideración.

Como he dicho, había una docena de aquellas grandes ratas, tratando de arrojarse sobre la mujer.

Posiblemente necesitaban hallarse en gran número para vencer su relativa timidez, y sólo el hecho de ser tan pocas había impedido que la devorasen. No obstante, se adivinaba que no estaba muy lejos el momento en que el hambre pudiese más que todo y se arrojasen sobre ella en manada.

Todo eso lo vi en un segundo.

Entre los protagonistas de aquella singular escena y yo habría una veintena de metros. No podía perder un segundo más, de modo que, echándome el rifle a la cara, tomé puntería y apreté con calma el gatillo.

Una de las fieras lanzó un agudo chillido y se revolcó por el hielo, dando convulsivos saltos, en tanto que los ecos del disparo se alejaban tableteantes. La mujer volvió sus ojos esperanzados hacia mí.

El rifle que me había dejado Tobin era automático. Avancé otro paso y solté una nueva bala. Con toda claridad pude percibir el sonido del impacto al atravesar el proyectil las placas blindadas que cubrían el cuerpo de aquellos extraños animales. La bestia se desplomó redonda.

Continué mi avance. Un paso y un disparo y a cada disparo una víctima, lo que en pocos segundos redujo la bandada de fieras a la mitad. Éstas se dieron cuenta instintivamente de que tenían que enfrentarse con un nuevo y, de momento, invencible enemigo, por lo que, casi con un movimiento unánime, emprendieron la retirada.

Sin embargo, no lo hicieron corriendo, sino de una manera que me dejó completamente estupefacto. Clavando el morro en el suelo helado, empezaron a cavar en éste con uñas y dientes, arrojando tras sí una espesa nube de hielo pulverizado.

No lo hicieron sin que yo añadiera dos nuevas víctimas a la lista. Pero las cuatro o cinco restantes bestias desaparecieron con tal rapidez, que me pareció por unos momentos haber estado soñando.

Cautelosamente, colocando un nuevo cargador en el rifle, avancé hacia la mujer, la cual, al verse libre de sus enemigos, se había puesto en pie y me miraba fijamente, con la natural curiosidad de la ocasión. Y, hay que ser francos, mi curiosidad no era menor que la de ella.

Advertí enseguida la pureza de sus facciones. El pelo, dividido en dos por una raya central, le caía en larga catarata a ambos lados de la cabeza, dejando libre el perfecto óvalo de su cara, de tez blanquísima, aunque en modo alguno pálida. Sus ojos eran intensamente verdes y la riqueza de la sangre que latía en sus venas se advertía en el vivo color de sus labios, vivamente rojos sin necesidad de artificio alguno.

Era alta y, bajo las gruesas prendas de abrigo, chaquetón, pantalones y botas, se la advertía esbelta y bien formada. A pie firme, rodeada por los cadáveres de las bestias acorazadas, esperó mi llegada.

Para ella, y más en una coyuntura como aquélla, debía ser yo como una especie de enviado del cielo. Seguramente, mientras trataba de rechazar el ataque de los animales, habría estado rogando porque se produjese un milagro, y he aquí que el milagro había surgido.

—¿Se encuentra bien? —dije, a modo de saludo—. Celebro mucho haber llegado tan oportunamente. Me llamo Lassiter Pickering, señorita.

Su voz era cálida y aterciopelada.

—Le estoy muy agradecida por haberme salvado de una de las peores muertes que una persona pueda sufrir en este planeta. Mi nombre es... es

Ethia.

Volví a estudiarla durante unos segundos. Era incomprensible que una mujer joven y bella —apenas tendría veinticinco años—, se encontrara en un lugar tan desierto como Ulbuss y, a juzgar por lo que estaba viendo, sin otro equipo que sus prendas de vestir y aquel garrote con el que había estado defendiéndose de las fieras. ¿De dónde había salido? ¿Qué hacía en Ulbuss? ¿Cómo había llegado hasta allí?

Confié en que ella misma acabaría por descifrarme aquella incógnita. Sonriendo dije:

—Eran... duros de pelar estos bichos, ¿eh?

Ethia se estremeció.

—Sí —dijo—. De no haber sido por usted, no sé cuál hubiera sido mi suerte. Me cogieron desprevenida...

—… y sin otro armamento que ese bastón. ¿Se ha perdido? —insinué.

Ella apretó los labios.

—Si no le molesta, preferiría que por el momento no hablásemos de mí.

—A su gusto —contesté, haciendo un gesto de asentimiento—. Sin embargo, creo que algo sí tendremos que hablar de usted.

Ethia parpadeó.

—No le entiendo —murmuró.

—Yo me dirijo a determinado punto, al cual espero llegar en cinco o seis días. Según tengo entendido, es el único lugar en toda la superficie de Ulbuss donde podamos hallar cobijo.

—¿A qué lugar se refiere usted, Lassiter?

Se lo dije y cuando hube terminado de hablar, ella miró al suelo, pensativa. Al cabo de unos segundos levantó la cabeza.

—Conozco la leyenda —dijo. Suspiró y añadió—: Supongo que, puesto que usted está armado y yo no, me es absolutamente obligatorio seguirle.

Hice un gesto vago.

—Por mi parte puede hacer lo que quiera, Ethia. Como comprenderá, no voy a imponerle mi voluntad. Sin embargo, he de hacerle resaltar el hecho de que estamos solos en este planeta, que el palacio de Neryna y ésta misma, si se despierta, son nuestra única solución y que, además, están las ratas que, por lo que se ve, pueden reaparecer en cualquier momento.

—Estoy conforme con lo que dice, Lassiter, iremos allí, pues. Pero ¿podrá esa Neryna sacarnos de Ulbuss?

Me encogí de hombros.

—No puedo asegurar ni prometer nada, Ethia. Lo único que sé es que hemos de hallarla y despertarla. Después...

Consulté mi reloj y vi que habían pasado más de cuatro horas después de mi partida, una vez me hube despertado por la «mañana».

—Seguro que le agradaría tomar un poco de alimento, ¿no?

Ella aceptó agradecida la invitación.

—Venga conmigo —dije—; tengo la mochila con la comida a corta

distancia de aquí.

Volvimos sobre nuestros pasos. El resto de mi equipaje permanecía intacto en el mismo lugar donde lo dejáramos. Dispuse el infiernillo y calenté un par de latas, que despachamos en un momento.

A continuación y en el bote que servía para hacer el café, arrojé unos trozos de hielo, que se fundió rápidamente. Mientras el agua así obtenida se calentaba, intenté sonsacarla, pero ella, con mucha habilidad, supo soslayar mis preguntas, de modo que no conseguí sacar nada en limpio, y así llegó la hora de tomar el café, sin haber averiguado las causas que habían motivado su intempestiva aparición en un lugar tan desierto como aquél.

Una vez hecho el café llené su bote y se lo entregué. Tomé el mío, pero antes, no sé por qué, quise calentarme las manos, rodeando el cacharro con las palmas y los dedos. Ethia, sin más, tomó un sorbo de la caliente infusión.

Apenas lo había hecho cuando vi que aparecía una mueca de desagrado en su rostro. Escupió el líquido que había tomado y luego me miró enojada.

—¿Qué infame brebaje es éste que ha hecho usted, Lassiter?

Confieso que me desconcerté al oír aquellas palabras.

En el primer momento pensé que siendo ella una mujer nacida en un mundo totalmente distinto al nuestro, podría extrañar el café, una bebida que tanto nos agrada a los terrestres, cosa que, realmente, no hubiera tenido nada de particular.

Pero ella continuaba enfadada.

—Esto es café —dije—, y en el planeta de donde yo vengo, la Tierra, es algo que se aprecia mucho y se toma a cualquier hora del día.

—Pues sí que tienen ustedes el gusto estragado —murmuro ella, descontenta, vertiendo el resto del café sobre el hielo.

Aquello comenzó a intrigarme. Para salir de dudas tomé un sorbo y, apenas lo había hecho, comprendí los motivos del enojo de la muchacha. ¡Yo también tuve que devolverlo y más que aprisa!

Un sudor helado invadió toda mi espalda, como consecuencia de la súbita sospecha que acababa de formarse en mi cerebro. ¡No, aquello no podía ser posible!

Por unos momentos me pareció hallarme en el centro de una absurda pesadilla. Mareado, hecho un puro lío, lo único que acerté, en medio de un ominoso silencio, fue a arrojar también mi café, y luego, colocando el bote de nuevo sobre el infiernillo, fundir varios trozos más de hielo.

No esperé a que el hielo se hubiese derretido en su totalidad. Apresuradamente, con riesgo de derramar el contenido del bote, torné éste y me lo llevé ansiosamente a la boca.

Sólo me mojé la lengua, lo suficiente para confirmar mis negras sospechas. Después, terriblemente consternado, miré a Ethia.

—¡El hielo es salado! —declaré lúgubremente.

Ethia palideció terriblemente. Ya era mala de por sí nuestra posición, situados en un planeta muerto y cubierto de hielos eternos, con unas

temperaturas no inferiores a los 20° negativos; sabiendo además, que en cualquier momento podíamos ser acometidos por una bandada de aquellas voraces ratas blindadas, para que, por si fuera poco, nos hallásemos privados de agua, porque no podía llamarse agua al litro escaso que, gracias a Dios, aún quedaba en mi cantimplora.

—¿Cómo puede ser eso? —estallé colérico—. ¡El hielo no es nunca salado! Al menos, en estado natural y en mi planeta. Esto es absurdo, increíble...

—Pero no menos cierto, Lassiter —dijo sosegadamente la muchacha—, y la ira no le hará por ello ver más claro. Lo que ahora tenemos que hacer, dejándonos de lamentaciones, es ver la manera de salir de la situación en que nos hallamos.

—Mejor sería que me dijera usted cómo ha aparecido aquí —refunfuñé—. Está fresca, descansada y sin el menor síntoma de lesión, lo cual quiere decir que fue transportada en una astronave hasta estos lugares. ¿Dónde está esa nave, Ethia?

—Lo siento —dijo—, pero me niego a facilitar detalle alguno respecto a mi persona.

Vi chispear sus incomparables ojos verdes y me di cuenta de que Ethia poseía todo un carácter que no le haría doblegarse ni ante la peor de las amenazas. Renuncié, pues, a seguir interrogándola respecto al asunto y dije:

—No sé qué diablos de idea me dio para conservar un poco de agua en mi cantimplora —la tomé, sacudiéndola y, por el peso y el sonido, calculé que efectivamente, allí debía de haber poco más de un litro del preciado líquido—. Ahora bien, para llegar al palacio nos deben de quedar unos ciento cincuenta kilómetros. En circunstancias ordinarias, habría tardado cinco o seis días. Ahora habremos de recorrer dicha distancia en tres jornadas, inapelablemente.

El labio inferior de Ethia tembló un segundo, pero ésta fue toda la señal de temor que vi en su rostro.

—Muy bien —murmuró en respuesta a mis palabras—; estoy dispuesta a ello. ¿Cuándo partimos?

—Ahora mismo, sin perder un segundo —respondí, empezando a empacar las cosas.

Mientras que lo disponía todo para la marcha, hice una pregunta;

—Ethia, usted dijo antes que conocía la leyenda de Neryna. Puesto que no me refiero a usted, ¿quiere decirme si es cierto, si hay una mujer que duerme desde hace quinientos mil años?

Ella se encogió de hombros de un modo singular.

—¡Qué sé yo! Esto se ha venido diciendo de siempre en nuestro sistema, pero yo...

—¡Ah! De modo que usted pertenece a Proción, ¿eh? Al menos ya sé una cosa referente a usted, Ethia.

Vi claramente que mi observación la había molestado y apretó los labios, como queriendo decirme que no estaba dispuesta a seguir facilitándome

detalles. Yo también alcé los hombros y; como ya lo tenía todo dispuesto, di la señal de marcha.

—¿Vamos?

Comenzamos a andar, siguiendo la dirección que me había trazado desde que saliera de la nave destruida. En mi interior, bendije una y mil veces la idea que me dio de guardar la cantimplora, porque, merced a ella, teníamos ahora una preciosa reserva de agua, poca, pero podía significar la diferencia entre la vida y la muerte. Luego medité acerca de las extrañas circunstancias que me rodeaban.

Había hallado a una mujer, joven y hermosísima, a punto de morir, en aquel aislado planeta. Ésta se negaba a facilitar dato alguno acerca de si misma, lo cual no contribuía precisamente a aclarar las cosas. Por otra parte, y descontando el latente peligro de las ratas, estaba el de la sed.

Parecía mentira que en toda la extensión que nos rodeaba, hielo blanquísimo por todas partes, no se pudiera obtener ni una sola gota de agua potable. Si en lugar de hallarnos sobre Ulbuss nos hubiéramos encontrado en un planeta mucho más cerca de Proción, cubierto de arena y quemado por los rayos de la estrella, la cosa hubiera sido completamente lógica y congruente, pero allí resultaba absurdo, increíble, pero absolutamente real, pese a todo.

Mientras caminábamos, y de tanto en tanto, hice algunas pruebas. Tomé pequeños pedazos de hielo, pasando sobre ellos la lengua, sin más... No hubo manera de encontrar un bancal de hielo dulce. Todo el que veíamos era salado y hube de renunciar a más pruebas, por no aumentar la sed que, aunque todavía no era momento de padecerla, ya creía sufrir locamente por causas psicológicas perfectamente comprensibles en aquella situación.

Dos horas más tarde, Ethia me tomó súbitamente del brazo.

—¡Mire, Lassiter! —dijo.

Hice lo que me decía. A cinco o seis metros de nosotros, una rata blindada de aquellas asomaba medio cuerpo fuera del hielo, contemplándonos fijamente con sus malignos ojillos, que en aquellos instantes estaban absolutamente inmóviles.

Por unos momentos vacilé en sacar el revólver y pegarle un tiro. Pero me contuve pensando en la conveniencia de ahorrar municiones.

—Deme su garrote —dije en tono bajo, y Ethia obedeció.

Lentamente, con los ojos fijos en la bestezuela, avancé hacia ella. Paso a paso gané terreno, pero cuando ya estaba a dos metros de la misma, la rata dio un prolongado chillido, escondiéndose bajo el hielo y dejando tras sí la característica nube de hielo pulverizado que levantaba la excavación de su túnel.

El salto que di para alcanzarla fue perfectamente inútil. El animal obraba con tanta rapidez que sólo pude divisar un remolino blanco en el interior del tubo que había abierto en el hielo, remolino que no tardó en fijarse al ser congelado por la baja temperatura reinante.

Un poco chasqueado me volví de nuevo hacia la muchacha.

—Ésta ha sido más lista que nosotros, Ethia.

Ella asintió.

—Mientras no sea más que una...

—¿Cree usted que abundan estos animales por aquí?

—Sólo puedo decir lo que vi, Lassiter —contestó Ethia—. Pero... no sé por qué, me da la impresión de que la rata que hemos visto era algo así como un centinela de la manada.

Me estremecí sin poder contenerme.

—¿Acaso un explorador? —sugerí; y Ethia, en completo silencio, asintió con un significativo gesto de su cabeza.

Durante unos momentos, ninguno de los dos hablamos. Permanecimos quietos, mirándonos fijamente el uno al otro, como si tratáramos de sondear mutuamente nuestros cerebros. Es obvio que ninguno de los dos poseíamos la facultad de la telepatía, pero yo sabía lo que pensaba ella, y Ethia también sabía lo que pensaba yo.

Me aclaré la garganta con un carraspeo y dijo:

—Continuemos, Ethia.

CAPÍTULO VII


ONTINUAMOS la marcha sin decir palabra.

Ciertamente, los dos pensábamos lo mismo. ¿Eran inteligentes aquellas ratas o era su agudo instinto el que las hacía parecer como si lo fueran?

El animal que nos había estado espiando daba esa sensación. Un centinela, un explorador que siguiera nuestros pasos, teniendo a la manada al corriente de éstos. Ya sólo quedaba saber el momento del ataque.

¿Habría aumentado también el número de las ratas? Tal posibilidad hizo que la sangre se me enfriara en las venas. Solamente con que se doblase el número de las que habían atacado a Ethia, nos veríamos en un serio aprieto, y si este número aumentaba más todavía, no era difícil saber de antemano de qué lado se decantaría la derrota. El pensamiento de mis huesos mondos y lirondos, yaciendo en aquel infinito desierto, me cubrió de hielo la espalda.

En previsión de lo que pudiera ocurrir, entrené, cuando menos teóricamente, a la muchacha en el manejo de las armas. Además del rifle y el revólver, tenía el cuchillo, una arma de hoja ancha y afilada, capa de desventrar a un oso, bien manejado. Ethia era inteligente y poseía un cerebro de rápida comprensión, de modo que en pocos momentos estuvo al corriente de los menores detalles de las armas de fuego.

—Si somos atacados, procure no desperdiciar un solo cartucho. Deje que las ratas se acerquen hasta un metro o menos de distancia; de esta manera, no fallará un solo disparo, ¿me comprende? Usted manejará el revólver y yo el rifle y el cuchillo. Unidos, obrando de acuerdo, tenemos muchas posibilidades de salvación.

¿Posibilidades de salvación?, me pregunté. No era un enemigo único contra el que teníamos que luchar, sino contra cuatro: las ratas, el frío, la sed y el cansancio. Y éste, de no lograr pronto nuestro objetivo, nos pondría en manos de cualquiera de los otros tres, de una manera inapelable. No quiero hablar de probables errores de orientación; si la dirección que seguíamos no era la correcta, si llegábamos a extraviarnos en aquel inmenso desierto blanco, nuestro fin —ratas, frío o sed—, era seguro.

Pero no quise comunicar mis temores a Ethia para no desmoralizarla aún más. Es cierto que la muchacha no dio en ningún momento señales de miedo,

pero, sabiéndola inteligente, también es cierto que ella había hecho el mismo cálculo de riesgos que yo. Todo cuanto discutiésemos, pues, en dicho sentido era perfectamente inútil.

Ethia asintió a mis palabras, pronunciadas sin dejar de caminar. Lo hacíamos con los ojos bien abiertos, volviendo la cabeza de cuando en cuando, para ver si divisábamos más animales, pero llegó la hora del descanso, cuatro o cinco horas más tarde, sin haber visto ninguna de aquellas terribles fieras.

Monté la tienda y dispuse el saco de dormir, empezando luego a preparar la cena. Mientras lo hacía dije:

—En circunstancias normales, dormiríamos más tiempo, pero ahora habremos de suprimir parte del descanso. Yo vigilaré mientras usted duerme tres horas; después lo haré yo durante dos.

—Dos horas es poco para la dura jornada que usted ha llevado, Lassiter —observó ella.

Sacudí la cabeza.

—Calculo que estamos a poco más de cien kilómetros del palacio. Hay que contar que son tres horas de vigilancia más dos de sueño, con lo que en total suman cinco. No podemos concedernos más, en vista de las actuales circunstancias.

Ella acabó por acceder. Naturalmente y puesto que se trataba de una mujer nacida en un planeta distinto al mío, en el cual posiblemente el cómputo del tiempo debía ser muy diferente; hube de mostrarle mi reloj y darle una pequeña enseñanza sobre las cifras y las agujas que marcaban las horas. Lo comprendió enseguida; ya he dicho que poseía una inteligencia despierta.

Después de cenar me arriesgué a gastar un poco de las reservas de líquido que teníamos. Cuando el café estuvo listo, le entregué un bote, diciéndose;

—Pruébelo ahora, Ethia.

Así lo hizo y después de los primeros sorbos sonrió, muy complacida.

—Esto es muy distinto a lo que antes me ofreció, Lassiter.

—Antes, no sabía que el hielo fuera salado —refunfuñé con el ceño arrugado—. En mi planeta, cuando las aguas saladas se hielan, el hielo queda dulce. ¿Por qué aquí ha de ser distinto?

—¿Y si este hielo que vemos no fuera agua, sino gas helado, Lassiter? —sugirió la muchacha.

—No había caído en ese detalle —murmuré—. De todas formas, debe ser un gas con un punto de congelación muy alto. Además, se transformó en un líquido muy parecido al agua y ésta no daba señales de evaporación.

—Necesitaríamos un experto dotado de un buen laboratorio para que nos aclarara este extremo, Lassiter —dijo ella, terminando de tomar su café—. Ahora —añadió—, lo mejor será que ejecutemos su plan. Voy a echarme a dormir y usted me despertará a la hora convenida.

Así lo hizo y yo me quedé fuera, sentado sobre un bloque de hielo. Encendí un cigarrillo, pero lo apagué apresuradamente cuando me di cuenta

de que el tabaco podía aumentar la sed, que todavía no había empezado a manifestarse del todo, bien que ya advirtiera algunos síntomas. Hacía frío, pero mis ropas eran cálidas y abrigaban bastante, de modo que podía estar todavía un buen rato sentado antes de que la temperatura exterior empezase a traspasarlas.

Pensé mucho durante todo aquel tiempo y sólo cuando el frío empezó a hacer mella en mi me levanté, braceando un poco para entrar en reacción. Había transcurrido más de una hora y este descanso me había sentado estupendamente, lo cual me sirvió para, que, sin alejarme mucho de la tienda bajo la cual reposaba Ethia, recorriera los alrededores en busca de posibles madrigueras de ratas.

No encontré ninguna. Salvo las inevitables grietas y los témpanos de hielo, dispuestos a veces en caprichosas formas, no se veía ninguna otra solución de continuidad. Sin embargo, y esto no era en modo alguno ilusión de mis sentidos, en más de una ocasión creí oír extraños ruiditos, así como me pareció ser espiado por unos ojos que me veían sin ellos ser vistos.

Por más que lo intenté no pude ver nada. En una ocasión llegué a distanciarme más de doscientos metros de la tienda, corriendo el albur de dejar a Ethia sola ante un ataque de las fieras, pero todo cuanto intenté fue inútil. Sería superfino añadir que durante todo el tiempo que duró mi exploración no abandoné ni por un momento mis armas, listas para ser usadas en el instante preciso.

Regresé junto a la tienda y me senté en el mismo sitio, con el rifle sobre las rodillas. El frío era muy vivo, pero se podía soportar gracias a la total ausencia de viento. De hacer soplado un poco de aire no sé qué hubiera sido de nosotros, pues es sabido que una baja temperatura es mucho más soportable cuando la atmósfera está quieta. Treinta grados bajo cero, con la atmósfera en calma absoluta, se aguantan mucho mejor que ocho o diez con un viento de sólo treinta o cuarenta kilómetros a la hora. Pero allí se encendía una cerilla y la llama permanecía absolutamente inmóvil.

Al fin transcurrió el plazo fijado. Dejé pasar todavía media hora más y luego desperté a la muchacha.

Ethia salió fuera, ahuecándose instintivamente el pelo con ambas manos. Cuando hubo terminado tan sencillo tocado, se cubrió la cabeza con la capucha y luego tomó las armas.

—No se olvide de que si permanece mucho tiempo sentada corre el riesgo de dormirse y, en consecuencia, de morir congelada. Si el sueño la acomete, levántese y pasee durante unos minutos. Y llámeme a la hora fijada, ¿estamos?

Ethia asintió, tomando, además del reloj, el rifle y el revólver. El cuchillo me lo quedé yo, después de lo cual, inclinándome, penetré en la tienda. Me metí dentro del saco y en un instante me quedé dormido.

No sé cuánto tiempo estuve descansando de un modo total. Lo único que recuerdo es que alguien me sacudió de pronto, arrancándome de un modo

brusco de un dulce sueño en el cual me veía despertando a una durmiente Neryna cuyo rostro, ¡oh, casualidad!, era exactamente el de Ethia.

Me senté, un poco sobresaltado.

—¿Es la hora ya? —inquirí.

—¡Pssst...! —me siseó ella—. No hable alto, por favor.

La sonrosa se reflejó en mi rostro.

—¿Qué ocurre?

—Las ratas —dijo la muchacha—. Han vuelto a aparecer.

El poco sueño y el cansancio que me quedaban desaparecieron como por ensalmo. Salí fuera del saco de dormir y tomé el rifle de manos de la muchacha.

—¿Muchas? —pregunté.

—Bastantes —su tono era sereno, pero en sus claros ojos se veían ciertos signos de un lógico temor.

—Bien —asentí—; salgamos fuera a ver qué cara ponen.

La diferencia entre el ambiente de la tienda y el del exterior era muy notable, pero yo no lo noté siquiera. Ethia había sido muy optimista al decirme que había bastantes ratas, pues me había hecho calcular un par de docenas de ellas, pero la manada que vi estaba compuesta, al menos, por medio centenar.

Sus cuerpos brillaban intensamente. Estaban dispuestas en círculo en torno a nosotros, distando las primeras filas unos veinticinco o treinta metros y nos contemplaban en absoluto silencio, como estudiándonos antes de lanzarse al ataque.

—¿Hace mucho que están ahí? —pregunté, revisando el rifle.

Ella sacudió la cabeza.

—Apenas un par de minutos. Surgieron casi de repente y... Oh, no sé ni cómo pude darme cuenta. A pesar de todas sus recomendaciones, Lassiter, me estaba quedando dormida y sólo gracias a una especie de presentimiento pude abrir los ojos.

—Bien —dije—; no se preocupe. Lo importante es que estamos prevenidos y... ¿qué hora es?

Cuando me lo dijo fruncí el ceño.

—Esto es casi el doble del tiempo que le marqué —dije refunfuñando.

—Oh, Lassiter; usted lleva más tiempo que yo caminando y...

—Bueno, bueno, no discutamos más. Ahora lo importante es ver cómo salimos de ésta. ¿Recuerda las instrucciones que le di respecto al revólver? ¿Tiene los cartuchos de repuesto en el bolsillo?

Asintió. Luego miré en torno nuestro.

La tienda estaba situada sobre una pequeña prominencia, lo cual nos daba cierta ventaja sobre los animales, los cuales seguían observándonos fijamente, inmóviles, en medio de un siniestro silencio que no presagiaba nada bueno para nosotros.

Por otra parte, el circulo era completo, de modo que no había forma,

humana de salir de allí si no era abriéndonos paso a viva fuerza. Pero no quise que fuéramos nosotros los iniciadores del ataque.

Busqué con la vista una posición más favorable y no tardé en hallarla.

A poca distancia de la tienda, cuatro o cinco metros, había dos bloques de hielo de un metro de altura, aproximadamente, separados entre sí por una distancia similar. Esto nos proporcionaba una trinchera que cubría dos de nuestros flancos y, sin dudarlo un solo momento, tomé la mano de Ethia y salté hacia allí.

Apenas habíamos llegado a nuestro refugio cuando el círculo se estrechó.

Fue un movimiento unánime, acordado, sin el menor ruido. Las ratas blindadas, cuyos caparazones despedían fulgurantes destellos, redujeron la distancia que las separaba de nosotros en la mitad cuando menos.

Al mismo tiempo, otra bandada similar brotó del hielo, también como si sus componentes hubieran sido impulsados por un resorte común. La saliva se me estancó en la garganta.

—Ya son cien al menos —murmuró Ethia fríamente.

Yo no dije nada; estaba calculando nuestras reservas de cartuchos. ¿Igualarían éstas las reservas de ratas que parecían ser inagotables bajo el hielo?

El cerco se redujo todavía más y una tercera oleada de bestias surgió a la superficie. Empecé a sentir calor.

—¿Cuándo disparamos? —preguntó la muchacha.

Entrecerré los ojos, calculando la distancia.

—Déjelas que se acerquen un poco más todavía —dije.

Y así lo hicieron las fieras. Sus negros ojos brillaban vorazmente y sus bocas se abrían y cerraban en silencio, enseñándonos aquellas filas de dientes capaces de dejar el cuerpo de un hombre reducido solamente a los huesos en pocos minutos. Saqué el rifle por encima del parapeto y tomé puntería.

—No dispare hasta que yo lo haga, Ethia.

—Sí, Lassiter —laconizó ella, y ya, durante un buen rato, no hablamos más, porque casi inmediatamente me vi obligado a apretar el gatillo.

La primera bestia saltó por los aires al recibir el balazo. A mi espalda detonó el revólver manejado por Ethia.

Disparamos pausadamente, sin perder cartucho. No aprecié que hubiera surgido una cuarta oleada de ratas, pero a pesar del gran número de bajas que les causábamos, no tenían aspecto de detenerse ni de retroceder.

Poco a poco, el suelo fue llenándose de cuerpos tendidos de las fierecillas. Algunas de ellas estaban solamente heridas y se arrastraban por el hielo, poseídas por la ciega locura de morder, en dirección nuestra, dejando tras si un rojo reguero de sangre. En alguna ocasión, nuestras balas chocaron de refilón contra sus placas blindadas y rebotaron metálicamente, perdiéndose vanamente a lo lejos.

Pero a pesar de todo, las ratas continuaban su avance. Pasaban por encima de los cadáveres de sus compañeras y continuaban estrechando el cerco. Ethia

y yo disparábamos en todas direcciones, cubriendo cada uno la mitad de aquel brillante círculo, cuyo radio era cada vez menor; mas, no obstante, aquellas fieras, en medio de agudísimos chillidos no siempre apagados por los estampidos, proseguían su avance.

De pronto, en medio del horroroso estrépito que allí reinaba, oí un grito que me paralizó la circulación de la sangre.

—¡Lassiter, se me han acabado las municiones!

Me volví, incorporándome de un salto. Con los ojos llenos de un lógico temor, Ethia me miraba angustiosamente, sosteniendo en su mano el ya inútil revólver.

—¡Cuidado! —gritó de pronto—. ¡A sus espaldas!

Giré en redondo enfrentándome con una rata que, más audaz que el resto, saltaba sobre mí. Desvié su ataque con el cañón del rifle, haciéndola caer al suelo y luego, usando el arma a modo de maza, le aplasté la cabeza antes de que tuviera tiempo de recuperarse.

—Me he ahorrado un cartucho —jadeé, disparando acto seguido contra otra fiera que saltaba sobre nosotros.

El animal se revolcó unos instantes antes de inmovilizarse repentinamente.

Acto seguido entregué el rifle a la muchacha, así como el resto de las municiones.

—Procure no fallar un disparo —dije, desenfundando el cuchillo y empuñándolo con decisión.

Otra fiera saltó sobre mí, chillando horrorosamente, con su boca abierta ansiosamente. Alargué el brazo izquierdo, sujetándola por el cuello y con un rápido movimiento, la desventré de una feroz cuchillada. El animal cayó pataleante a mis pies.

El rifle seguía detonando a mis espaldas. Disparé el pie, lanzando una rata a media docena de metros de distancia. Una tercera fue degollada antes de que pudiera morderme, pero hubo una que consiguió hacer presa con sus dientes en mi pantorrilla.

Una descarga eléctrica sacudió mi cuerpo de arriba abajo al sentir la mordedura de la bestia. Arrojándome sobre ella, como si yo mismo fuera también otra fiera, clavé el cuchillo una y otro, vez en sus coyunturas, evitando las placas blindadas, hasta que el animal murió en medio de espantosas convulsiones.

Pero era evidente que nuestro fin estaba próximo. Habíamos matado más de cincuenta bestias, acaso la mitad de la manada. Sin embargo, aún quedaban otras tantas que, guiadas por un instinto que casi podía confundirse con la inteligencia, se habían reservado para el ataque final. Y cuando éste se desencadenara, ya no podríamos rechazarlo.

En aquel momento fue cuando en mi mente, que trabajaba intensamente en medio de la pelea buscando una solución, se forjó una idea que reputé de salvadora.

—¡El fuego! —grité loco, fuera de mí.

No sé si me oyó Ethia ni tampoco yo me preocupé del detalle. Rasqué el vientre de una rata de una hábil puñalada, rechacé dos de ellas con sendos puntapiés que las enviaron rodando a gran distancia y luego, corriendo como un loco, me abalancé sobre la tienda.

Era una idea desesperada, irrazonable, pero también era el único recurso que nos quedaba. Si éste fallaba...

Arranqué a manotazos la tienda, luchando ferozmente con tres o cuatro ratas que me lanzaron algunos dolorosísimos mordiscos. Más fiera que ellas, conseguí hacerlas retroceder un poco y luego, aprovechando aquellos cortos segundos de respiro, saqué una de las pastillas de alcohol sólido, y la encendí con una cerilla.

Debo dar gracias a Tobin por su relativa ignorancia de las cosas terrestres. Si en lugar de fabricar una tienda de seda impermeable, la hubiera hecho de tejido incombustible, no estaría aquí contándolo.

El fuego prendió casi inmediatamente en la tela. Tuve que apuñalar otro animal, un segundo estuvo a punto de alcanzar mi yugular, pero al fin tuve en las manos una enorme sábana que ardía furiosamente.

Agité la tela en torno mío, haciendo retroceder a las ratas que me acorralaban. Tomé también el saco de dormir y, sin dejar de mover aquella masa de llamas, retrocedí hasta el lugar donde me aguardaba Ethia.

Por un momento, los animales se detuvieron al ver la nueva clase de arma con que eran combatidos; después, su misma voracidad los impulsó de nuevo al ataque.

A instancias mías, Ethia había tomado el saco de dormir convertido en una gran antorcha. Dejamos acercarse a las ratas todo lo posible y luego agitamos ambas prendas, provocando con el movimiento un intenso aumento de las llamas.

Las ratas saltaron contra el fuego, siendo alcanzadas por las llamas las primeras de ellas. Entonces ocurrió algo horrendo, increíble, espeluznante, que apenas puedo describir.

Bastó que una pequeña chispa de fuego tocase a una de aquellas bestias para que, instantáneamente, se convirtiese en una rugiente hoguera, de cuya interior salían unos chillidos espantosos. El animal, devorado por aquel fuego que lo consumía, echó a correr y lo mismo ocurrió con la media docena de las más audaces que habían sido alcanzadas por las llamas.

Sin embargo, no paró aquí la cosa. Las ratas, al huir envueltas en fuego, chocaban, ciegas, con sus compañeras, las cuales empezaban a arder al instante, como si tuvieran sus cuerpos empapados en gasolina. Un espantoso hedor se esparció por el aire.

En unos momentos, ochenta o más de aquellas repugnantes fieras estuvieron convertidas en otras tantas antorchas vivientes que corrían enloquecidas una veintena de metros antes de caer inertes al suelo. Hasta las ratas que habíamos matado con nuestras balas ardían igualmente si eran tocadas por alguno de sus congéneres.

Pocos minutos más tarde, de toda aquella bandada de bestias feroces no quedaba otra señal que numerosos puntos negros que humeaban lentamente y que indicaban el lugar donde había muerto una de ellas. Un olor acre, hediondo, invadió la atmósfera.

Entonces fue cuando, cansados, exhaustos por la lucha, jadeantes, sin importarnos nada el repelente espectáculo que contemplábamos, nos dejamos caer sobre un saliente de hielo para descansar unos momentos antes de seguir la marcha.

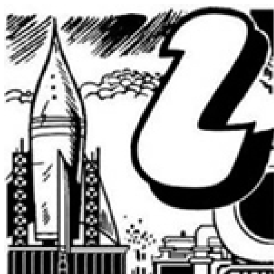
Un minuto más tarde me percaté de que tenía varias mordeduras que era preciso curar. Al hacer esta observación, Ethia se ofreció.

—Yo te curaré —dijo, suprimiendo todo tratamiento.

La muchacha se levantó con un esfuerzo, dirigiéndose hacia el lugar donde había quedado la mochila con los alimentos. Caminó pesadamente y se inclinó sobre ella, solamente para levantarse un instante más tarde y lanzar un agudísimo grito.

—¡Lassiter, el agua se ha ido!

CAPÍTULO VIII



A noticia me hizo olvidar los dolores que me causaban las mordeduras de las ratas. Poniéndome en pie de un salto, corrí hacia donde estaba Ethia mirándome con ojos desorbitados, sin el menor vestigio de color en su rostro.

—¿Cómo puede ser eso? —exclamé.

La mochila había sido estropeada un poco por aquellas ratas gigantes, pero como todo lo que había en su interior eran latas, no habían causado ningún daño substancial en su contenido.

Por toda respuesta, Ethia levantó en alto la cantimplora en la cual se veían dos limpios y redondos orificios. Al instante comprendí lo sucedido.

Nuestra desgracia había querido que una de las balas, disparadas al albur, hubiera alcanzado de lleno a la cantimplora después de haber matado alguna bestezuela. Y por aquellos orificios se habían ido nuestras escasas reservas de agua.

La situación, pues, era terrible. Estábamos a mitad de camino y, en el mejor de los casos, nos quedaban dos días de camino, lo cual quería decir que si retrocedíamos hasta la astronave de Tobin emplearíamos más o menos el mismo tiempo, con el riesgo, en este caso, además, de que la astronave era un objetivo mucho más pequeño y, por lo tanto, mucho más difícil de captar en la llanura que el palacio donde yacía Neryna.

De haberme hallado solo allí, hubiera tomado bien pronto una decisión, pero éramos dos y quise consultarlo con Ethia antes de resolver una cosa u otra. La respuesta de la muchacha fue, afortunadamente, la que yo esperaba.

—Es de suponer que en el palacio hallaremos alimentos y, por ende, agua también, Lassiter. Supongo que los que durmieron a Neryna debieron contar con que ella tendría necesidades físicas una vez despierta y dejaron lo preciso para satisfacerlas. ¿No lo crees así?

—¡Hum! —mascullé, no del todo convencido—. Unos alimentos y un agua que se han conservado durante cinco mil siglos...

—¿Y por qué no? Si el padre de Neryna supo hallar la manera de conservar a su hija durante todo ese tiempo, igual pudo hacer con los víveres y el agua. Al menos, yo hubiera obrado así, Lassiter.

Tuve que concederle la razón a la chica. Su razonamiento era

completamente lógico y, pensándolo bien, así debía ser.

Después de una breve discusión, muy corta, pues el tiempo apremiaba, hicimos una somera cura de mis heridas. Afortunadamente, el acolchamiento de mis ropajes había impedido que los dientes de las ratas profundizasen demasiado, pero, no obstante, las mordeduras escocían bastante. Tuvimos precisión de utilizar la tela de la mochila para improvisar unos vendajes, ya que no teníamos otra prenda de ropa más a mano y las que vestíamos debían servir ineludiblemente para preservarnos del frío. En cuanto hubimos terminado, hicimos examen de lo que nos quedaba.

Diez o doce cartuchos de rifle era toda la munición que teníamos. El revólver, pues, era una cosa inútil y, para no cargar con un peso muerto, lo arrojé. En cuanto a las latas, tomamos unas cuantas cada uno y las metimos en los bolsillos de los chaquetones, así como varias pastillas de alcohol sólido y el infiernillo que Ethia se encargó de llevar en la mano. El rifle iría colgado de mi hombro y, no teniendo otra cosa que llevar, emprendimos la marcha en el acto.

* * *

NOTA DEL AMIGO DE PICKERING:

Para no alargar en demasía la relación, suprimo parte de la misma. Esta supresión se refiere a los cuatro días que tardaron Lassiter y Ethia en llegar al palacio donde dormía Neryna.

Debieron ser cuatro días infernales, a juzgar por las palabras grabadas en la cinta magnetofónica. Acosados por la sed, el frío y el cansancio, sus tormentos fueron indescriptibles, porque, además, se desorientaron y pasaron de largo ante el palacio, teniendo que retroceder cuando se dieron cuenta que seguían una dirección errónea. Por otra parte, las mordeduras de aquellas extrañas ratas blindadas, no desinfectadas por falta de medicamentos apropiados, habían causado una grave infección a mi amigo, lo cual le originó una fiebre altísima que casi le hacía delirar y que se acentuó de repente al tercer día de marcha. Sólo el tesón y la abnegación de Ethia consiguieron salvarle la vida y, conducirle, por fin, al objetivo durante tanto tiempo anhelado. Reanudo, pues, el relato, cuando los dos se encontraron frente al palacio.

* * *

Sí, allí estaba el palacio y, si Tobin no me había mentido, allí estaba Neryna.

Mi visión, como consecuencia de la fiebre originada por la infección, aparecía turbia y velada y las imágenes que se reflejaban en mis retinas eran, a menudo, además de oscilantes, dobles.

El palacio era una construcción sólida, maciza, de forma cuadrada,

flanqueadas sus cuatro esquinas por otras tantas torres cúbicas cuya altura alcanzaba al doble de la estructura general de la edificación. Toda ella aparecía cubierta de hielo duro, pétreo y, desde el lugar en que nos hallábamos, no se advertía la menor señal de puerta o ventana de ninguna clase.

Exhausto, sintiendo grandes escalofríos a causa de la fiebre que me devoraba, me dejé caer en el suelo, apoyando la mejilla en el hielo para aliviar el intenso calor que en ella sentía. Ethia, compadeciéndose de mis padecimientos, se arrodilló a mi lado.

—Por favor, Lassiter —dijo—, levántate. Haz un esfuerzo; de lo contrario, corres el peligro de morir aquí congelado.

Los ojos de la muchacha brillaban como si ella también tuviera fiebre, y sus pómulos, a consecuencia de los padecimientos y la fatiga de aquellos cuatro tremendos días, se proyectaban fuera de su rostro, amenazando con rasgar la piel. Tenía los labios resecos, agrietados y era evidente que sólo merced a un poderoso llamamiento a su voluntad conseguía mantenerse en pie, además de serena.

Mi lengua, hinchada, convertida en una dolorida bola de carne, intentó refrescar mis ardorosos labios sin conseguirlo. Entre escalofrío y escalofrío, ayudado por ella, conseguí ponerme en pie.

Ethia se cargó el rifle al hombro y luego tomó uno de mis brazos, ayudándome a andar. El palacio estaba ya a menos de un kilómetro de distancia y en diez minutos nos hallaríamos al pie de sus muros helados.

A tropezones, cayendo en más de una ocasión, continuamos el camino, contentos, en medio de todo, de dar como terminados nuestros sufrimientos. Pero esto no era más que un vano deseo de nuestras mentes porque, súbitamente, cuando ya quedaban menos de cuatrocientos metros, varias siluetas, negras, amenazantes, aparecieron en nuestro campo visual, surgiendo de detrás de una de las pesadas torres del palacio.

—¡Mira, Lassiter! —exclamó la muchacha en voz baja, deteniéndose.

Su parada fue tan súbita que, no pudiéndolo evitar, caí de rodillas.

Parpadeé varias veces haciendo un poderoso esfuerzo para centrar la visión. Eran cuatro hombres los que se dirigían hacia nosotros, a paso de carga, sin que, desde el punto en que nos hallábamos pudiéramos captar el sentido de sus intenciones.

—El... el rifle, Ethia —jadeé, tiritando de frío—. Échate al suelo... La... la mano de Gikor es muy larga... ¿sabes?

Ethia obedeció, en tanto yo me estiraba sobre el hielo. Introduje una bala en la recámara del rifle y luego pasé mi vista a lo largo de su cañón, por encima del punto de mira, hasta las siluetas de los desconocidos.

Pero no podía tomar puntería; la fiebre, alterándome el sentido de la vista, me lo impedía. Hubo ocasión en que vi ocho hombres y dos puntos de mira y no pude por menos que lanzar una exclamación de rabia.

Ethia se dio cuenta de lo que pasaba. La sed la devoraba, pero mantenía su

continente externo con cierta dignidad. Sin decir una sola palabra me tomó el rifle, sin que yo pudiera evitarlo

Los desconocidos continuaban acercándosenos con rapidez. También ellos eran portadores de armas, aunque de una clase desconocida para nosotros, pero su metal brillaba intensamente. Cuando llegaron a menos de cien metros de distancia, Ethia los detuvo con la voz.

—¡Quietos ahí! ¡Que no se mueva nadie o dispararé!

Los hombres se detuvieron unos segundos, momentáneamente desconcertados. Ethia aprovechó la ocasión para hablar de nuevo.

—¿Quiénes sois y qué queréis de nosotros?

—Entregaos a Gikor —dijo uno de ellos—. De lo contrario, os mataremos.

—¿Por qué quiere Gikor apresarnos? —preguntó Ethia.

—Hay ahí un hombre con unos poderes extraordinarios. Gikor lo quiere para sí.

—¿Se refiere Gikor a tu facultad de despertar a Neryna? —me preguntó Ethia en voz baja.

—Su...supongo que sí... —murmuré—. Yo no me conozco otra clase de poderes, Ethia. Pero no debemos entregarnos.

—¿Por qué?

—Gikor... se aprovechará de mí, y luego... nos matará... No le he visto en mi vida... sin embargo, conozco de sobra... a los tipos de su calaña...

—¡Estáis hambrientos! ¡Tenéis sed! —gritó el desconocido que había hablado antes—. Y el hombre está enfermo. Nosotros le curaremos y os daremos de comer y de beber. ¡Entregaos!

—No lo hagas, Ethia... —murmuré.

Las manos de la muchacha se crisparon en torno al rifle.

—Dije a tu jefe que venga a por nosotros si puede —gritó—. Marchaos de aquí; este hombre ha de entrar en el palacio.

Al oír las palabras de la muchacha, los sicarios de Gikor cuchichearon entre sí durante unos momentos. Después, separándose, iniciaron un cauteloso avance con ánimo de rodearnos y así apresarnos con toda facilidad.

Al mismo tiempo levantaron sus armas, que parecían unos bastones huecos, cortos, encañonándonos con ellas. Ethia vio sus intenciones y lanzó un agudo grito.

—¡Cuidado, Lassiter!

Agachó la cabeza, pues era lo único que podía hacer, y en aquel mismo instante una oleada de intensísimo calor nos asaltó con ferocidad. No se vio ninguna llama, pero por unos segundos tuvimos la sensación de hallarnos en el centro del mismísimo infierno.

—¡Rayos! —exclamé, olvidado de todos mis padecimientos—. ¿Qué es esto, Ethia?

«¡Pam! ¡Pam!»

La respuesta de la muchacha fueron dos disparos, que fueron contestados por sendos alaridos de agonía. Con ojos turbios vi a dos de los esbirros

desplomarse fulminantemente, atravesados por las balas que había disparado Ethia.

Los otros dos individuos que quedaban no se anduvieron remisos en contestar. Durante unos segundos, algo más de tiempo que la vez anterior, ella y yo nos vimos rodeados por un calor abrasador, insoportable, que nos hizo gritar de miedo y dolor a un tiempo. El hielo, bajo nosotros, empezó a fundirse y humear.

Despreciando todo posible peligro, Ethia se incorporó parcialmente sobre sus rodillas. Vi su imagen temblorosa, borrosa, pero me di cuenta de que su pulso no temblaba al apretar el gatillo por tercera vez.

Otro de los secuaces de Gikor cayó, con el cráneo atravesado, por una bala. Y apenas había hecho fuego, Ethia se arrojó de bruces al suelo, dejando pasar por encima de su cuerpo una ráfaga térmica que nos abrasó con sus oleadas de calor.

—¡Dios mío! ¿Qué... qué clase de armas utilizan esos individuos? —pregunté, espantado.

Ethia no me contestó. Tendida en el suelo, giraba sobre sí misma, siguiendo con el cañón del rifle los movimientos del único individuo que quedaba. De pronto la vi aplastarse contra el hielo y al instante sentí de nuevo las descargas de calor provocadas por el arma enemiga.

Me desgarré las ropas intentando huir de aquel infierno. Era un brusco paso de 20° negativos a más de 50° positivos, 70° en total por lo menos, cosa que no se podía soportar durante mucho tiempo con impunidad. Cada vez que recibíamos una de aquellas descargas, parecía como si nos llevaran, sin transición alguna, de modo súbito, del Polo a las selvas amazónicas.

Pero teníamos cierta ventaja a nuestro favor y era que el individuo que quedaba vivo no podía efectuar sus descargas térmicas con toda tranquilidad ni tampoco en el ángulo deseado. Para disparar contra nosotros, tenía que hacerlo tendido en el suelo y así la ráfaga de calor pasaba un poco alta. No creo que, recibiéndola de lleno, hubiéramos podido sobrevivir a un par de ellas.

El rifle detonó de nuevo, siendo contestado por una intolerable ola de calor que encharcó el hielo bajo nosotros. Ethia se volvió con rapidez y apuntó, pero en el último momento, dándose cuenta de que su posición no era la más favorable, contuvo el movimiento de su dedo índice.

Seguí con la vista los movimientos de la muchacha. Era la única forma que tenía de estar al corriente del combate.

Ethia se hallaba agazapada tras un pequeño promontorio que la defendía de la vista de nuestro enemigo. Sus ojos brillaban con la excitación de la lucha y en su rostro se advertía la decisión de vencer, decisión que se reflejaba en la firmeza con que empuñaba el arma.

Una vez más dispararon ambos contendientes, sin obtener el menor resultado práctico. Tratando de dominar un escalofrío, dije:

—Esto no puede seguir así, Ethia. Hemos de terminar cuanto antes.

—El individuo está muy bien parapetado y no se deja ver —contestó serenamente la muchacha, sin dejar de apuntar con el rifle.

—Yo lo sacaré de su madriguera —dije, buscando con dedos torpes mi cuchillo.

—¿Qué vas a hacer, Lassiter?

Haciendo un esfuerzo, contorsionándome, corté la capucha por el punto de unión con el chaquetón. Tomándola luego con ambas manos, la ahuequé de modo que se mantuviera erecta y sonreí

—Éste es un viejo truco que usamos allá en la Tierra para casos como éste. Procura estar al tanto y no desaprovechar la ocasión, Ethia.

La muchacha comprendió lo que yo quería decirla y asintió. Entonces, con la capucha en ambas manos, me arrastré un par de metros delante de mí, situándola sobre un trozo de hielo que sobresalía un poco y que estaba a tres o cuatro metros de la muchacha.

Solo gracias a aquel bloque de hielo es como puedo contarlo, porque la descarga térmica que me soltó el individuo, aparte de fundirlo y arrojarlo sobre mí en una catarata de líquido y vapor, quemando la capucha, hizo que me retorciera por el suelo, abrasándome en la elevadísima temperatura provocada por el disparo. Abrí la boca, respirando afanosamente, sin preocuparme poco ni mucho de la detonación que había percibido de un modo vago en tanto me debatía contra aquel insano aumento de la temperatura.

Ethia corrió hacia mí, arrodillándose.

—¿Estás bien, Lassiter? Alégrate, todo ha terminado ya.

Asentí, notándome exhausto, deshecho, incapaz de mover un solo dedo. Ella me miró con infinita compasión.

—Trata de ser fuerte, Lassiter —me dijo—. El palacio está a un paso y dentro de él hay agua.

Tras penosos esfuerzos conseguí ponerme en pie. Ethia hizo que pasara uno de mis brazos sobre su hombro y así, poco a poco, nos encaminamos hacia el palacio.

Al pasar por junto a uno de los cadáveres enemigos, la muchacha se apoderó de una de las pistolas térmicas, que atravesó en su cinturón. Continuamos nuestro camino, lento por necesidad, y poco más tarde nos hallábamos frente a uno de los muros de aquella enorme fortaleza cubierta de hielo en su totalidad.

En aquella fachada no se advertía el menor hueco a través del hielo que, visto de cerca, resultaba más transparente de lo que parecía en la distancia.

Caminando por el pie de los muros, dimos la vuelta y al llegar a la otra cara fue cuando, bajo la copa helada, advertimos la difusa silueta de una puerta de gran tamaño.

Ethia levantó la mano y manejó la pistola térmica. Al instante empezó a fundirse el hielo.

El líquido resultante de la fusión caía en cataratas humeantes que provocaban numerosos arroyuelos que corrían serpenteantes antes de

solidificarse de nuevo. Impertérrita, Ethia continuó liberando descarga tras descarga hasta que, al fin, con un sonoro crujido, todo el trozo de hielo que cubría la puerta se desplomó, pulverizándose contra el suelo.

En el mismo instante y sin mano alguna que la tocara, la puerta se abrió, silenciosa y lentamente, dividiéndose en dos hojas que giraron suavemente sobre sus bien engrasadas charnelas, permitiéndonos ver el interior del palacio, que había estado oculto a las miradas de los extraños durante nada menos que quinientos mil años.

Pero en aquellos instantes, ni Ethia ni yo estábamos por admirar las maravillas que había en el interior de aquel palacio. Lo único que teníamos, aparte de mi fiebre, era sed, una sed implacable y devoradora, pero que, sin embargo, no nos impidió escuchar el más grato sonido qué pueden percibir unos oídos humanos en tales circunstancias: el ruido del agua cayendo o manando de una fuente.

Riendo como locos, cruzando frases ininteligibles, Ethia y yo traspasamos el umbral de la puerta, sin darnos cuenta, en nuestra locura por el agua, de la excelente temperatura que reinaba en el interior de la fortaleza. Lo único que queríamos era saciar nuestra sed y, efectivamente, unos minutos más tarde estábamos bebiendo agua dulce, toda la que podíamos desear.

CAPÍTULO IX



UNQUE, de momento, lo primero que hicimos fue abalanzarnos sobre la fuente, locos, ciegos por la sed, me parece oportuno antes de seguir con el relato, hacer una pequeña descripción de lo que allí había ante nuestros ojos.

El interior del palacio era una inmensa sala que ocupaba todo su ámbito, iluminada de un modo brillante pero difuso, de tal forma que su luz no dañaba la vista, antes la descansaba de un modo agradable y reparador para unas pupilas durante tanto tiempo habituadas al brillo del hielo. El suelo era liso, pulido como un espejo, de un color metálico dorado, bastante oscuro, y las paredes eran del mismo material, aunque de tonos ligeramente más claros, al igual que el interminable techo, apenas curvado en una enorme bóveda.

Dentro del palacio hacía una temperatura agradabilísima, que no resultaba influenciada en absoluto por el hecho de que estuviera la puerta abierta de par en par. Seguramente —luego tuvimos ocasión de comprobarlo— había una cortina de infrarrojos tendida a través del vano que impedía de modo total el paso de las bajas temperaturas exteriores.

A dos tercios de la entrada y justo frente a ésta se advertía una ancha escalinata, de amplios peldaños, que ocupaba casi toda la anchura del palacio, la cual vendría a tener muy bien los cien metros como dimensión máxima. La escalinata estaba rematada en una pequeña pirámide compuesta por media docena de escalones, en lo alto de la cual y desde el punto en que nos hallábamos, pudimos divisar un objeto más brillante que el resto, pero del cual no nos preocupamos en averiguar gran cosa. Había otra que en aquel momento nos llamaba, mucho más la atención.

¡El agua!

El ruido murmurante del chorro del líquido al caer resultó un tónico, no sólo para nuestros oídos, sino para el resto de los sentidos físicos. A mitad de camino, entre la entrada y la escalinata, había situados de modo simétrico, dos grandes surtidores, de cuyo caño central brotaban sendos chorros de agua que, al caer, eran recogidos en una amplia taza, construida del mismo metal que el pavimento.

Tambaleándonos como ebrios, sosteniéndonos mutuamente, caminamos hacia uno de los surtidores, arrodillándonos al lado de la taza. No sé lo que

hizo Ethia; de mí sé decir que, ciego por el ansia, bebí como las bestias, aunque, en medio de todo, conservando una chispa de luz suficiente para comprender que no debía atracarme de líquido, so pena de sufrir graves daños.

Un detalle advertí en medio de mi ceguera: el agua estaba caliente, pero su contacto era fresco y vivificante; reanimaba de un modo que casi se podía decir milagroso, y jamás, en los días de mi vida he probado un líquido de sabor más delicioso.

Cuando hube saciado la sed, me deslicé al suelo, agotado, exhausto, temblando por la fiebre. La sed estaba calmada, pero, sin embargo, todavía quedaba lo más importante: curar la infección.

Contemplándome con gesto compasivo, Ethia se arrodilló a mi lado.

—Buscaré algo para curarte, Lassiter —murmuró.

Denegué con lentos gestos de cabeza.

—No —dije—; por ahora... lo único que deseo es dormir... dormir... y descansar... Déjame dormir, Ethia... te lo ruego...

La muchacha asintió en silencio. Sin una sola palabra, se despojó de su chaquetón, dejando ver las finas líneas de su firme busto, enmarcado en una blusa un tanto ajustada, y luego, doblando la prenda, la colocó bajo mi cabeza a guisa de almohada.

La temperatura del interior era excelente y ya no sentía los escalofríos que tanto me habían martirizado en las últimas veinticuatro horas. Por otra parte, el cansancio y el sueño, éste debido al poco tiempo que habíamos podido dedicarle, al carecer de un lugar abrigado donde descansar, me rendían. Ladeé la cabeza y me dormí al instante.

Ignoro el tiempo que estuve inconsciente. Lo único que recuerdo es que, de pronto, me desperté y me sentí, además de mucho mejor, limpio por completo de fiebre y sin el menor dolor en las heridas causadas por mordeduras de las bestezuelas.

El cansancio y la fatiga habían desaparecido por completo de mi cuerpo. Totalmente despejado, me senté en el suelo, mirando en torno mío.

Me levanté, vacilando un momento, pero al instante me di cuenta de que podía afirmar las piernas en el suelo. Hice un par de flexiones, notando que había recobrado la elasticidad y potencia de mis músculos, cosa que me extrañó sobremanera, puesto que, aun suponiendo que la infección hubiera desaparecido, después de la fiebre tan alta que había padecido, lo lógico era sentir una gran debilidad, que en aquellos momentos no advertía tan siquiera.

Me acerqué a la taza y bebí de nuevo aquel agua tan pura y reanimante. En modo alguno pude conciliar el hecho de que, brotando caliente, supiera fresca, y casi antes de que pudiera discutir tal incongruencia conmigo mismo, me acordé de una cosa.

¡Las heridas! ¿Qué ocurría que no me dolían tan siquiera?

Con gestos rápidos y nerviosos me despojé del chaquetón, descubriendo una de las mordeduras que había sufrido en el brazo. Arrojé lejos de mi la improvisada venda y cuando la carne estuvo al aire vi algo que me dejó

completamente atónito.

¡La mordedura estaba cicatrizando!

Y con gran rapidez, a juzgar por el tono sonrosado de la piel que ya se formaba encima del lugar donde la carne había sido desgarrada por los agudísimos dientes de las ratas. En aquel momento adquirí la seguridad de que antes de cuarenta y ocho horas apenas si me quedarían rastros de las lesiones, y no necesité mirar las restantes para convencerme de que estaban siguiendo el mismo camino que las del brazo.

¿Cómo podía ser aquello? ¿Qué misteriosa medicina había tomado yo?

Miré la fuente, de la cual continuaba brotando el agua. No podía ser otra cosa que aquel maravilloso líquido el origen de mi casi repentina curación. Recordando el alivio que había sentido al beberla, pensando en sus extrañas cualidades térmicas, deduje, acertadamente, que el agua que brotaba del surtidor había sido la panacea para todos mis males.

Todavía estaba en pie junto a la fuente cuando, de pronto, escuché unos pasos. Me volví y en el acto abrí la boca, más estupefacto todavía de lo que ya estaba.

Ethia venía hacia mí, terminando de descender la escalinata, ataviada con una larga túnica que le llegaba a los pies, sujeta a su delgadísimo talle con un ancho cinturón de oro o un metal precioso por el estilo, en tanto que una banda de gemas ceñía su frente y el cabello, negrísimo, partido en dos mitades por unas gruesas trenzas que descansaban sobre su pecho. Al caminar vi que calzaba unas simples sandalias y sus brazos, desnudos, saliendo de la prenda, que carecía de mangas, estaban adornados con sendos brazaletes, también del mismo metal y ricamente trabajados.

Su aspecto también había cambiado notablemente. Aunque su rostro estaba un poco más delgado que de costumbre, se advertía claramente que se había rehecho, al igual que yo, de todas sus privaciones, y, si anteriormente ya me había parecido bella, ahora hubiera jurado no haber visto jamás una mujer tan hermosa como ella.

Se aproximó, sonriendo de un modo encantador.

—Veo que te encuentras ya bien, Lassiter —dijo—, y ello me agrada sobremanera.

—Ha debido ser cosa del agua —respondí, señalando con la barbilla el surtidor—. La fiebre ha desaparecido y hasta las mordeduras están cicatrizando.

—Sí —dijo ella meditabunda—, este agua tiene propiedades muy peculiares. Pero ven; no puedes seguir así. Debes asearte, cambiarte de ropa y...

—¿En el mismo sitio que tú?

—Sí, pero en un lugar destinado a los caballeros —sonrió ella deliciosamente—. Allí tienes de todo; hasta comida, si sientes apetito.

—Un poco —contesté, mirándola con demasiada intensidad, lo cual la hizo turbarse un tanto.

Desvió su vista y echó a andar.

—Me siento como nuevo —comenté, en tanto nos acercábamos a la escalinata—. Si pudiera llevarme la fórmula del agua esa a la Tierra, seguramente me haría millonario. A propósito —inquirí—, ¿cuánto tiempo he estado durmiendo?

—Unas veinticuatro horas, más o menos —contestó ella.

Yo lancé un silbido.

—No está mal —murmuré, subiendo el primer peldaño.

El final de la escalinata estaba a unos ocho o diez metros por encima de nosotros y tenía tanta amplitud como el resto del palacio. Ascendimos al sesgo y, aunque quise echar un vistazo a la pirámide que había en el centro, Ethia no me dejó, casi al final de la gran explanada en que concluía la escalera.

—Ahí dentro —dijo—, hay todo cuanto puedas necesitar de ropas y útiles de aseo, así como alimentos y bebidas. Cuando hayas terminado, ven a verme; te aguardo aquí.

Asentí y crucé el umbral de la puerta.

Era evidente que el padre de Neryna había sido un hombre previsor. ¿O acaso había sido Tobin? Fuera como fuera, allí había de todo cuanto un hombre sucio y cansado podía necesitar.

El baño caliente me devolvió el resto de las energías que me faltaban. Limpié mi cara de la barba de todos aquellos días, restituyéndole su aspecto habitual. En un armario empotrado en la pared, de gran tamaño, había ropas suficientes como para abastecer un batallón, y de ellas tomé una blusa de mangas cortas, muy cómoda, unos pantalones ajustados a las piernas y una especie de zapatillas de gruesa y blanda suela, muy apropiadas para un pavimento duro como era el del palacio.

Luego comí con buen apetito, sin preocuparme gran cosa de los manjares que allí había, de extraño y grato sabor. Cuando, al fin, me vi convertido en un hombre nuevo, salí fuera.

Busqué con la vista a Ethia hasta hallarla en la cúspide de la pirámide, en pie junto a aquel objeto brillante que antes viera desde los surtidores. Era una distancia de más de cuarenta metros y la recorrí con parsimonia, aunque tratando de dominar los latidos de mi corazón, pues sabía que por fin, estaba dando cima a mi viaje a las estrellas.

Ascendí lentamente los peldaños de la pirámide. Ésta se hallaba situada en el centro de la explanada, a unos veinte metros del muro opuesto a la entrada, en el cual había un gigantesco ventanal de forma circular y con extraños grabados sobre el vidrio que lo cubría, que permitía el paso de la luz a través de la transparencia del hielo exterior. No sé qué extrañas propiedades ópticas poseía aquel vidrio, pero el caso es que multiplicaba grandemente la luz del exterior, concentrándola, además, sobre la cúspide de la pirámide.

Ethia se hallaba en pie junto al objeto brillante, vuelta de espaldas al rosetón del muro, lo cual ponía un nimbo de plata en su bellísima cabeza. La

muchacha estaba contemplando el objeto que me había traído a mí hasta allí a través del espacio.

Sobre la pirámide se veía un gran pedestal de unos tres metros de largo por casi dos de ancho, construido de aquel metal tan raro y sobre cuya superficie se divisaban bellísimos grabados de una forma jamás vista antes por mí. Y encima del pedestal se hallaba Neryna.

Era la misma, sí. Bastaba haber contemplado una sola vez la fotografía que me enseñara Tobin para reconocerla. Allí estaba la reina de Zolkar, durmiendo plácidamente desde hacía medio millón de años, aguardándome a mí para despertarla.

Naturalmente, no estaba al descubierto, sino que yacía bajo una especie de cúpula alargada de vidrio que, siendo absolutamente transparente, no causaba deformación alguna de la imagen que se veía a su través. Neryna dormía tranquilamente, vestida de un modo muy parecido a Ethia, aunque con un lujo incomparablemente mayor y sobre sus sienes, ciñendo su frente, descansaba una pesada corona, símbolo de su elevada posición.

La voz de Ethia rompió de pronto el suave encanto en que había caído.

—Ahí la tienes, Lassiter. Despiértala.

Volví mis ojos hacia la muchacha, cuyo rostro aparecía impasible, impenetrable, sin dar a traslucir ninguna de las emociones que se agitaban en su interior.

¡Despertar a Neryna!

Medité unos segundos. ¿Lo deseaba realmente? Si lo hacía y se cumplía así la profecía, tendría que casarme con la muchacha que ahora dormía. Neryna era bellísima, de tal forma que no podía asegurar si Ethia lo era tanto como ella o viceversa. Habría sido difícil conceder a cualquiera de las dos la supremacía de la hermosura.

Ethia advirtió mis vacilaciones.

—Viniste aquí a cumplir una obligación, Lassiter. Tú mismo te comprometiste a ello. Haz lo que debes hacer.

—¿Y... y si la despierto... tendré que casarme con ella?

Ethia no contestó. Me pareció advertir una leve sonrisa en sus labios, pero no puedo asegurarlo. Calló.

—¿Cómo... se abre esto? —pregunté.

La mano de la muchacha señaló un botón negro situado a la cabecera del catafalco.

—Aprieta ahí... ¡y ya está!

La nuez me subió y bajó espasmódicamente en la garganta. El momento tan temido y tan deseado ya había llegado. Con infinita lentitud avancé el dedo índice hacia aquel pulsador.

Pero no llegué a tocarlo siquiera. Una voz, potente, de tonos rotundos, estalló repentinamente en el inmenso ámbito del palacio.

—¡Bravo, capitán Pickering! ¡Al fin has conseguido lo que deseabas!

Ethia y yo nos volvimos, como picados por un áspid.

Avanzando a grandes zancadas por el brillante pavimento, un hombre, alto, membrudo, de ojos vivos y sagaces y rostro astuto, acaso unos años mayor que yo, se nos aproximaba, seguido por cuatro de sus secuaces, todos ellos armados con aquellas temibles pistolas térmicas, cuyos efectos conocía tan bien.

—¡Gikor! —murmuró Ethia, retrocediendo involuntariamente un paso.

Apreté los puños, Irguiéndome. Gikor, sin dejar de sonreír burlonamente, trepó por la escalinata, plantándose en cortos instantes frente a nosotros, al lado opuesto de la transparente sepultura.

—Capitán Pickering, gracias por todo cuanto has hecho —declaró el individuo, cuya insolente arrogancia no dejaba de causarme bastante irritación —. Eres, efectivamente, el hombre que Neryna está aguardando... ¡pero yo soy el hombre que aguarda a Neryna!, lo cual es muy diferente. ¿Me has comprendido?

—Ella no se casará contigo, aunque la amenaces de muerte, Gikor —repuse.

Gikor se echó a reír. Volviéndose hacia sus esbirros, dijo:

—¿Habéis oído lo que ha dicho este infeliz? —y prorrumpió en una estentórea carcajada, coreada ferozmente por aquellos sicarios—. ¡Neryna no se casará conmigo!

Hubo unos momentos de silencio, durante los cuales Gikor y yo nos contemplamos mutuamente. Ethia se había retirado a un discreto segundo término y se limitaba a actuar de espectadora en aquella interesante escena.

—No veo el interés que puedas tener en casarte con Neryna, cuando durante estos últimos tiempos no has hecho otra cosa que entorpecer mi acercamiento a este lugar.

Gikor frunció el ceño, evidentemente molesto por mis palabras, que le recordaban el fracaso rotundo de todas sus intentonas.

—Estaba seguro de que mis expertos conseguirían hallar la forma de que fuera yo el hombre que despertara a Neryna. Pero a última hora, después de habérmelo prometido, fallaron lamentablemente. No fallarán mas —añadió en un tono siniestro, harto comprensible su sentido.

—Después de todo —agregó, tras una corta pausa—, el resultado es el mismo. Tú estás aquí, levantarás la cubierta del túmulo y la despertarás. Del resto me encargo yo, capitán Pickering.

Hubo una pausa.

—Me gustaría saber en qué consiste ese resto, aparte de casarte con Neryna —dije—. La verdad, no tengo muy buenos informes tuyos, Gikor, y necesitaría alguna garantía.

—¿Garantía? ¿Para qué? —preguntó mi contrincante, arqueando las cejas.

—De que respetarás mi vida y la de esta mujer. ¿Quién me dice que una vez conseguidos tus propósitos no nos vas a matar?

Los dientes de Gikor rechinaron de rabia. Era evidente que había adivinado sus propósitos y aquello no le había agradado en absoluto. Pero también sabía

que sin mí no conseguiría nada. Podía matarme en el acto, pero Neryna continuaría durmiendo casi otros cinco mil siglos.

—Está bien —dijo al cabo—. Empeño mi palabra de dejaros libres cuando hayas despertado a Neryna. ¡Vamos, apresúrate; hace más de veinte años que espero este momento!

Mi mano se aproximó al botón, pero antes de tocarlo se me ocurrió otra idea.

—Dame una de tus pistolas térmicas —dije—. No quiero que, después de todo, me juegues una mala pasada, Gikor.

Éste me miró unos segundos con ojos centelleantes y luego se echó a reír con desfachatez.

—No dejas ningún cabo por atar, capitán Pickering. ¡Toma! —exclamó, arrojándome el arma, que yo atrapé al vuelo.

Pasé la pistola térmica a Ethia, diciéndole:

—Tú sabes manejarla mucho mejor que yo. Si ves algo sospechoso, dispara sin miedo. Y en cuanto a ti, Gikor —agregué—, haz que tus hombres enfunden sus armas.

Gikor dio la orden y sólo cuando tuve la seguridad de que no me iba a ocurrir nada, fue cuando apreté el botón de apertura.

La cúpula transparente del catafalco se partió en dos, deslizándose a los costados del pedestal y dejando a la durmiente al descubierto. Instintivamente, todos alargamos el cuello, contemplando aquel milagro de belleza que yacía ante nuestros ojos.

Pasaron unos segundos llenos de un tenso silencio. Cuando el vidrio hubo desaparecido al fin, me volví hacía Gikor.

—¿Qué tengo que hacer ahora para despertar a Neryna?

Gikor estaba bastante nervioso. Gotas de sudor brillaban en su frente y su lengua humedeció sus labios, repentinamente resecos.

—Bastará... con que toques una de sus manos, capitán Pickering —dijo con voz ronca.

Me acerqué aún más al túmulo hasta casi tocar el cuerpo yacente de Neryna. Contemplé el rostro de la muchacha unos segundos y durante este tiempo lamenté que la situación en que nos hallábamos no permitiera otra solución. Pensar que iba a entregarla a un rufián como Gikor me llenó el pecho de cólera y, sin poderme contener, retrocedí un paso.

Gikor lanzó un aullido de rabia.

—¡Vamos! ¿A qué esperas? ¡Despiértala! —bramó.

Me volví, consultando con la vista a Ethia. La muchacha me devolvió la mirada, con un afirmativo aleteo de sus largas pestañas.

Suspirando resignadamente, me acerqué a Neryna. Sentí una gota de sudor correrme a lo largo de la mejilla hasta la garganta, pero no hice nada por enjugarla. Tomando aire con fuerza, avancé mi mano derecha y toqué la de Neryna.

Instantáneamente, algo muy parecido a un latigazo o a una descarga

eléctrica me derribó por tierra. Luces de todos los colores aparecieron ante mis pupilas y por unos instantes permanecí en el suelo, bordeando la inconsciencia.

Pero no estaba tan atontado que no pudiera oír el grito de estupor que resonó un par de segundos más tarde de haber sido lanzado al suelo.

Haciendo un esfuerzo sobre mí mismo, me puse en pie y miré el catafalco. En el acto, los cabellos se me erizaron de pánico.

¡En lugar de despertarse, Neryna se estaba convirtiendo en polvo!

CAPÍTULO X



L espectáculo era algo horrible, repugnante, imposible de describir con palabras.

El rostro de Neryna, sus manos, sus brazos, incluso su cuerpo y las ropas, tomaron primero un tinte grisáceo, ceniciento, empezando acto seguido a convertirse en una masa de polvo en la cual se perdían los lindísimos rasgos fisonómicos de la muchacha. El polvo se deslizaba a los costados con enorme rapidez y en pocos momentos los huesos de su esqueleto surgieron, blanqueando bajo la rutilante luz de la gigantesca claraboya.

Todos retrocedimos ante aquel inenarrable espectáculo que revolvía el estómago. Era una transformación rapidísima, casi instantánea, que en mucho menos tiempo que se emplea para contarlo, tuvo su fin.

Cuando la envoltura carnal hubo desaparecido convertida en ceniza y los huesos surgieron, la cosa pareció detenerse un segundo. Pero desde aquí, sinceramente, creo que fue una ilusión óptica mía, porque el esqueleto no tardó en seguir el mismo camino.

Un minuto más tarde, de la incomparable belleza que había sido Neryna no quedaba otra cosa que un montón de hediondas cenizas, entre las cuales, de modo pálido y apagado, brillaban algunas gemas de su esplendoroso atavío. De la reina de Zolkar no quedaba el menor rastro.

El pesado silencio en que todos habíamos caído fue roto bruscamente por un sonido que, en primer instante, me pareció el rugido de una fiera.

Gikor había aullado, los ojos fuera de las órbitas, el rostro congestionado, todo su cuerpo temblando a causa de la ira que le había acometido.

—¡Tú, maldito bastardo! ¡Tú la has matado! ¡Has matado a mi Neryna!

Terribles imprecaciones partieron de su boca, en tanto le duraba aquel ataque de cólera. Aturdido por la terrible impresión, no supe qué contestarle.

De pronto, Gikor retrocedió un poco, bajando un par de escalones. Extendió su brazo hacia nosotros y, dirigiéndose a sus esbirros, aulló:

—¡Matadlos! ¡Matadlos a los dos! ¡Que mueran como perros!

Me vi perdido en aquellos momentos. Los hombres de Gikor, fieles a su jefe, desenfundaron sus pistolas térmicas y nos encañonaron con ellas.

Una oleada de terrible calor nos envolvió a todos. Creí morir abrasado,

pero ante mi asombro, no ocurrió lo que yo temía.

Cuando la temperatura cedió un tanto, abrí los ojos, dándome cuenta de que no habían sido los hombres de Gikor los autores de las descargas térmicas, sino los que componían un pelotón que, con paso firme y resuelto, avanzaban por el centro del enorme salón.

Gikor se volvió, los ojos llameantes por la ira.

Pero antes de que pudiera actuar, alguien, a mis espaldas, habló en tono decidido, imperativo.

—¡Apresadlo! ¡Lo quiero vivo!

Me volví. Ethia se había dirigido a aquellos hombres, los cuales, al parecer, obedecían ciegamente sus órdenes. Entonces empecé a comprender algunas cosas.

Pero no tuve mucho tiempo de meditar; lo que allí ocurría estaba atrayendo por completo mi atención.

Gikor retrocedió al verse acorralado. Remontó los pocos escalones que le quedaban y se detuvo a corta distancia del catafalco. Miró en todas direcciones, como buscando una salida para la situación en que se hallaba.

Pero estaba desarmado y no podía hacer nada y lo sabía. De pronto, lanzando un aullido cuyos ecos resonaron bajo la inmensa bóveda, se lanzó, engarfiadas las manos, contra Ethia, con ánimo de estrangularla, aunque ello fuera el último acto de su vida.

No pudo alcanzarla. Más cerca estaba yo y, tratando de evitar un percance a la muchacha, le intercepté el paso. Disparé el puño izquierdo contra su estómago y acto seguido, sin darle tiempo a recuperarse, le alcancé en la mandíbula con un derechazo de efectos demoledores.

La terrible violencia del golpe empujó hacia atrás a Gikor como lo hubiera podido hacer un martinete hidráulico. Retrocedió hasta chocar su espalda contra el borde del túmulo y luego volteó parcialmente sobre éste, cayendo sobre las cenizas de Neryna.

En aquel mismo instante, un horrendo grito de dolor desgarró nuestros tímpanos. Gikor se debatió, poseído por espantosos dolores, como si un fuego interno le devorara las entrañas, pero no tardó en inmovilizarse.

Y apenas se hubo quedado quieto, su cuerpo empezó a sufrir la misma transformación que había padecido la bellísima Neryna.

Aquello era demasiado para mí. Las piernas me flaquearon y, sin poder sostenerme sobre ellas, hube de sentarme en un escalón, sujetándome la cabeza con ambas manos, tratando de evitar se rompiera en un estallido.

Hubo de pasar un buen rato antes de que sintiera el contacto de una mano en mi hombro.

Levanté la vista y miré a Ethia.

—Ven conmigo —me dijo la muchacha.

Me levanté pesadamente y la seguí. Ella me condujo hasta una habitación parecida a aquella que yo había ocupado unos momentos, en tanto que sus hombres se quedaban fuera de la sala, guardando la entrada.

Me ofreció una copa llena de aquel agua maravillosa. Pero yo golpee la mano que la sostenía y la copa se estrelló contra el suelo.

—¡No quiero nada de ti! —exclamé, con los ojos brillantes por la cólera—. No puedo querer nada de una mujer que no ha vacilado en llegar a los últimos extremos con tal de satisfacer sus abyectos deseos.

Ethia retrocedió, enrojeciendo violentamente como si la hubiera abofeteado físicamente.

—¡Lassiter! —murmuró atónita.

Cerré los puños, avanzando hacia ella.

—Ahora ya sé quién eres —dije—. Ya sé tu identidad y lo raro es que haya estado tan ciego como para no haberme dado cuenta antes. Estabas muy segura de lo que había aquí; sabías que encontraríamos agua, alimentos y vestidos; no te extrañó mi rápida curación, porque conocías las maravillosas propiedades del agua que brota de esos surtidores y, en fin, conocías incluso el modo de abrir el catafalco... ¡porque tú misma has estado durmiendo en él durante medio millón de años! ¡Tú, Neryna, reina de Zolkar!

Ella se sujetó el pecho con las manos, mirándome con los ojos muy abiertos.

—Enviaste a Tobin a buscarme, entregándole una fotografía de la muchacha que yacía ahí, segura de atraerme. ¿Por qué? Simplemente por una cosa: por atrapar en tus redes a Gikor y eliminarlo como así ha sucedido. ¿Qué te había hecho Gikor?

—Era un rebelde y no estaba dispuesto a someterse a mi autoridad —murmuró ella, anonadada ante mi inesperada reacción.

—Y la muchacha que dormía ahí afuera, ¿también era una rebelde?

—¡No! —gritó ella—. La muchacha había muerto muchos años antes. Tobin consiguió despertarme a la vida, pero nadie quiso creer mi resurrección, sugestionado todo el mundo por la propaganda de Gikor. Éste era un peligro para el sistema; debía ser castigado.

—¡Pero Gikor amaba a la muchacha!

—Amaba su imagen, que no es lo mismo —repuso Neryna, rehaciéndose poco a poco.

—Gikor la quería —repetí tozudo—. Puede que no fuese un hombre de rectas intenciones, pero su amor le redimió de muchas de las faltas que pudo haber cometido. Además, no estoy seguro de que la joven estuviera realmente muerta. ¿Quién me lo garantiza?

—Mi palabra —dijo ella altivamente—. La de la reina de Zolkar. La de la mujer que está destinada a ser tu esposa, Lassiter.

Me eché a reír.

—Estás delirando, Neryna. Ignoro el medio gracias al cual salvé la vida al tocar la mano de la muchacha muerta. Ethia supongo que debía ser su auténtico nombre, ¿verdad?, pero, en cambio, veo ahora mucho más claras las cosas.

»Fuiste muy hábil al presentarte ante mí de aquella manera en medio del

desierto de hielo. Incluso corriste gravísimos riesgos con tal de lograr tus fines, pero estoy seguro de que, de un modo u otro, nunca perdiste el contacto con tus fieles esbirros. ¿Por qué, si no, se iban a presentar en el momento más oportuno?

Neryna meneó la cabeza lentamente.

—No comprendes la mitad de las cosas, Lassiter, y quisiera que me dejaras explicarte...

—Lo único que deseo —dije, estirándome, con voz seca—, es que me proporciones el medio de represar a la Tierra. Esto... o que ordenes mi ejecución por tus secuaces.

La sangre huyó del rostro de Neryna.

—¡Oh, Lassiter! —exclamó—. ¡Yo te amo...!

—¡Basta! —corté abruptamente—. Dame una respuesta definitiva. No quiero seguir perdiendo más tiempo aquí.

Neryna se mordió los labios hasta hacerlos sangrar.

—Muy bien —dijo—; tendrás lo que deseas. Regresarás a tu planeta, Lassiter Pickering. De todas formas, no quiero que lo hagas sin que recibas mi más profundo agradecimiento por todo cuanto...

—¡Déjame en paz! ¡No quiero ni oírte hablar! Las únicas palabras que me gustará escuchar son las que digan que está alistada la nave que me ha de devolver a mi planeta; eso es todo.

* * *

Alboreaba ya cuando Beth y yo concluimos de escuchar el fascinante relato de nuestro común amigo. Nos miramos en silencio, abrumados por las increíbles revelaciones que Lassiter nos había hecho, incapaces, por el momento, de hacer el menor comentario sobre las mismas. Fatigados, rendidos por el sueño, nos fuimos a dormir.

Pasó algún tiempo antes de que se nos ocurriera molestar a Lassiter. Tanto Beth como yo comprendíamos que seguía enamorado de Neryna y que lo único, que por el momento precisaba, más que el consuelo de unos buenos amigos, era la soledad. Ésta y el tiempo serían dos eficaces medicinas para curarle de sus dolencias espirituales, de lo cual, me parecía a mí, estaba bastante necesitado.

Un día Beth me hizo una pregunta.

—Clark, ¿por qué Lassiter, habiendo empleado relativamente tan poco tiempo en sus aventuras, descontado, naturalmente, el que permaneció en suspensión animada, que no debió ser mucho, estuvo siete años ausente de la Tierra? ¿Sabes tú algo al respecto?

—Creo —dije—, que debe ser por la distinta dimensión en que se encuentran ambos mundos. No olvides que en el nuestro y por ahora, la dimensión máxima es la luz. Cuando más rápido se viaja por el espacio, cuanto más se aproxima la velocidad de una astronave a la de la luz, más lento corre el tiempo a bordo de ésta. Pero en la Tierra todo sigue igual, los días y

las noches, ¿comprendes?

Beth lanzó un suspiro y asintió.

Un par de semanas más tarde, nos extrañamos de no tener ninguna noticia de Lassiter. Temiendo le hubiese ocurrido algo, traté de ponerme en contacto con él sin conseguirlo.

Alarmado, sugerí a Beth la conveniencia de hacer una visita a la casa de nuestro amigo. Beth asintió y, sin perder un momento, nos trasladamos allí.

Después de un breve conciliábulo, Beth y yo decidimos llamar a la policía. Me fui hacia el fonovisor, pero en aquel momento, una voz resonó en la estancia.

Me volví, mirando a Beth completamente extrañado. Y mi esposa me miraba a mí de la misma forma.

Más tarde me lo dijo; sin darse cuenta, enredando por los muebles, había puesto en funcionamiento un grabador de sonidos y las voces que éste había recogido eran las que estábamos escuchando.

El diálogo no era muy largo y se desarrolló de la siguiente manera, oyéndose en primer lugar la voz de Lassiter, con un tono de profunda extrañeza y alegría a un tiempo.

—¡Neryna! ¿Tú... aquí?

Me estremecí al oír la respuesta. Era la voz de una mujer, cálida y de agradables tonos, pero no era esto lo que me impresionó, sino el hecho de que fuera una persona nacida a tan gran distancia de la Tierra la que estuviera hablando.

—Sí, soy Neryna —dijo ella suavemente—, la mujer que te está destinada por esposa y que viene a reclamar lo que es suyo.

—No... no puede ser eso, Neryna... Yo te ofendí... te insulté... Me porté como un salvaje...

—Hiciste lo que creías necesario en aquellos momentos. Pero tú, Lassiter, no estás enterado de muchas cosas. La inutilización de Gikor era un bien necesario para la estabilidad de mi... de nuestro reino. Pero yo no quería que muriese; simplemente me hubiera contentado con desterrarle a un lugar seguro, desde donde no hubiera podido intentar nada contra... nosotros.

Advertí claramente las vacilaciones de Lassiter.

—Pero yo... yo lo maté...

—Fue un accidente, Lassiter. La composición molecular de su cuerpo era completamente distinta a la del de Ethia. Por eso tú sólo sufriste algo muy parecido a una descarga eléctrica, porque, cuando yo desperté, busqué una mujer que se pareciese a mí en ese detalle. Si Tobin no hubiera conseguido volverme a la vida y Gikor hubiera intentado hacerlo, los dos hubiéramos muerto de aquella horrible manera, ¿comprendes?

—Sí, sí... lo entiendo, Neryna. ¿Y... y ahora?

Hubo una breve pausa. Luego se oyó de nuevo la voz de la joven.

—Ven conmigo, Lassiter. Tú me necesitas... y yo también a ti. Ven...

Aquellas fueron las últimas palabras que oímos. Pero eran más que

suficientes para saber el paradero de nuestro amigo.

* * *

Han pasado algunos años desde entonces. Muchas noches, sobre todo en el invierno, Beth y yo nos asomamos al pórtico de nuestra casa, cuando el cielo está despejado y buscamos entre las constelaciones hasta hallar la del Can Menor.

Allí está, siempre entre el Can Mayor y los Gemelos. Proción brilla refulgentemente en el cielo y parpadea en la fría atmósfera de la noche, como tratando de enviarnos algún mensaje.

Beth y yo sabemos que Lassiter está allí, feliz y dichoso, convertido en el rey de un vasto sistema solar, unido perennemente a Neryna. ¿Volverá algún día a la Tierra? ¿Vendrá a hacernos alguna visita?

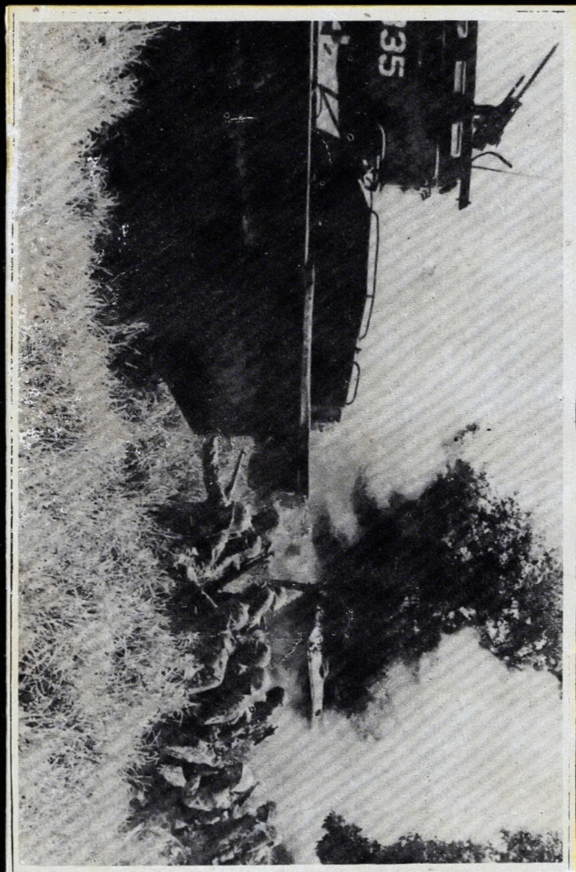
Confío en verle de nuevo. No sé dónde, si aquí o en su nuevo mundo, pero sé que volveremos a encontrarnos. ¿Viajaremos quizás Beth y yo y los críos hasta Proción, estableciendo allí un nuevo hogar?

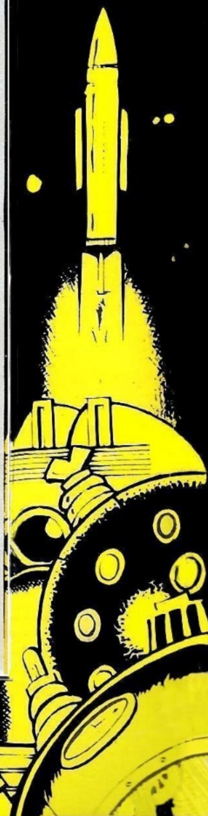
En todo caso, y por lo que pueda suceder, al mismo tiempo que obedezco los deseos de mi amigo, doy a la luz el relato de sus aventuras, fantásticas pero ciertas, estoy seguro de ello.

Firmado en nombre de Lassiter Pickering:

Clark Carrados







Escena de MÁS ALLÁ DE LAS LÁGRIMAS, Cinemascope Warner Bros.